

EL SANTUARIO FENICIO DE EL CARAMBOLO: UN SANTUARIO QUE NUNCA LO FUE

Fernando Fernández Gómez

Al Prof. Juan de Mata Carriazo y Arroquia,
querido maestro, amigo y colega
en esta Real Academia de Bellas Artes de Sevilla.

RESUMEN: Tratamos de demostrar que, en contra de lo defendido por sus excavadores, lo hallado en el Cerro de El Carambolo durante las últimas excavaciones no es un santuario, ni las joyas del tesoro encontrado anteriormente allí fueron para adornar a los bueyes destinados al sacrificio, ni la fundación de la ciudad de Sevilla, supuesta Spal, fue obra de los fenicios, antes de la llegada de los cuales ya había en la zona tartesios que explotaban los minerales, negando el vacío poblacional que se pretende defender.

PALABRAS CLAVE: Tartesios, fenicios, Carambolo, santuario, tesoro, taurodermis, frontiles, Spal, Astarté, Baal.

ABSTRACT: We try to prove that, in opposition to what has been claimed by its excavators, the finds made during the last excavations at Cerro de El Carambolo are not a shrine, nor were the pieces of jewellery formerly found there meant to be used as ornaments for sacrificial oxen, nor was the city of Seville, supposed Spal, founded by the Phoenicians, prior to whom there were already Tartesios in the area who exploited mineral ores, denying the demographic vacuum which it intends to defend.

KEY WORDS: Tartesios, Phoenicians, Carambolo, shrine, treasure, taurodermis, frontlet, Spal, Astarté, Baal.

Ya hemos hablado de este tema en otras ocasiones (Fernández Gómez, 2010:88; 2014:22) para poner en duda cuanto sobre los restos arqueológicos aparecidos en el Cerro de El Carambolo viene diciéndose desde hace algunos años por algunos investigadores. Y lo dábamos casi por olvidado cuando, en nuestros días, ha vuelto a ponerse de actualidad por diversos motivos; por una parte, con la publicación de las actas del II Congreso Internacional “Tarteso. Nuevas Fronteras”, celebrado en Mérida en 2021 (Celestino Pérez y Rodríguez González, 2023), y del auténtico corpus que sobre Tartessos y los tartesios ha escrito el incansable excavador del Castillo de Doña Blanca y otros yacimientos arqueológicos Diego Ruiz Mata (2023a); por otra, con la inauguración de la exposición que sobre “Los últimos días de Tarteso” se ha mostrado a lo largo del pasado verano en el Museo Arqueológico y Paleontológico de la Comunidad de Madrid (Celestino y Baquedano, 2023); coincide además con el cincuenta aniversario de la publicación de un famoso Decreto¹, que pretendía detener el deterioro de algunos yacimientos del Bajo Valle del Guadalquivir considerados tartésicos, provocado por las transformaciones agrícolas, el desarrollo urbanístico o la simple explotación de las gravas del río, y evitar de manera preventiva el de otros. Se ha unido además la celebración de un curso de verano de la UNED en Lebrija (Sevilla), en el cual hemos sido invitados a participar, cuando, ya jubilados y con el Museo Arqueológico de Sevilla lamentablemente cerrado y vaciado, nos sentíamos un tanto alejados de este mundo arqueológico, pero cuya invitación hemos aceptado con gusto para poner de manifiesto una vez más nuestras dudas acerca de cuanto sobre algunos aspectos de Tartessos y El Carambolo se ha dicho a partir de las excavaciones realizadas en el cerro, durante los años 2002-5 (Fernández Flores y Rodríguez Azogue, 2007, 2010), continuando las que Carriazo llevó a cabo en su día, a raíz del descubrimiento del tesoro, a mediados del pasado siglo, cuyas conclusiones nosotros seguimos considerando, en sus líneas esenciales, válidas (Carriazo, 1969), con las matizaciones que más de medio siglo de investigaciones han podido aportar, pero sin que, a nuestro parecer,

¹ Decreto 3363, de 21 de diciembre de 1973, “por el que se declaran de utilidad pública, a efectos de expropiación forzosa, diversos yacimientos arqueológicos de excepcional importancia para el conocimiento del reino de Tartessos en el Bajo Guadalquivir”.

puedan hacerse afirmaciones tan rotundas como que nada de lo que dijo Carriazo puede hoy aceptarse, que *la visión tradicional se ha precipitado al más absoluto vacío..., se ha derrumbado..., que todo el escenario se ha desplomado...* (Escacena, 2010: 137). Son afirmaciones muy duras y, a nuestro juicio, injustas y muy poco fundamentadas. Más bien diríamos que, al contrario, muy poco de lo que hoy se dice y parece aceptarse por la inmensa mayoría, pues lo vemos reflejado en las citadas publicaciones y aludido en las salas de los museos, con una enorme carencia, a nuestro parecer, de espíritu crítico, puede admitirse.

La explicación de todo la tiene el interés de algunos investigadores en ver confirmadas viejas intuiciones personales, y para los cuales lo que Carriazo consideró que era un fondo de cabaña es tan solo una fosa ritual, un basurero, y lo que creyó que era un poblado, en lo que denominó Carambolo Bajo, en la ladera del cerro, habría sido en realidad un barrio de servicios, originado al calor de las visitas a un gran intuido santuario (Escacena, 2018:37). Por consiguiente, no estaríamos tanto *en un poblado con su templo, como en un templo con su poblado... Una vieja intuición de uno de nosotros... El hallazgo arqueológico... no ha hecho más que certificar el descubrimiento mental previo...* (Escacena-Amores, 2011:109-115).

Ese ha sido, a nuestro juicio, el error fundamental, que no se ha tratado en las excavaciones de buscarse la verdad, sino de confirmar una vieja intuición personal, un descubrimiento mental previo que nosotros ni podemos admitir, ni quedarnos callados y facilitar que se siga divulgando como científica una simple intuición, un sueño. *Empeñados en buscar lo que querían encontrar, dice Alvar Ezquerro (2023:260), no han titubeado en otorgar a los tartesios un sistema religioso con todos los componentes esperables, y considera prematuro, en el estado actual de nuestros conocimientos, pretender restaurar el universo religioso tartésico. En lo que estamos de acuerdo, porque, como muy bien dice Domínguez Monedero (2023: 205), una intuición, por probable que parezca, no hace avanzar la ciencia, aunque nos esforcemos por demostrarla. Al interpretar un yacimiento es necesario abandonar las ideas preconcebidas.*

Nosotros, que tuvimos el privilegio de conocer y tratar al Prof. Carriazo, que conocemos el yacimiento, aunque no hayamos excavado nunca en él, y que hemos sido durante cerca de 30 años responsables de la custodia de los materiales arqueológicos hallados por él en sus excavaciones y de las joyas del tesoro, nos sentimos en el deber de manifestarnos contra lo que consideramos que es un inconsciente, pero enorme, error científico. Es lo que pretendimos denunciar hace unos años, tan breve como inútilmente en esta

misma revista (Fernández Gómez, 2010: 88), lo que nos proponíamos denunciar al aceptar nuestra participación en el curso de Lebrija, y lo que ahora queremos denunciar aquí, para, al menos, uniéndonos a otros, sentar las bases de una duda, aunque nos tememos que va a servir de poco, que será como un grito más en el desierto, como un susurro en medio de una inmensa algarabía. Pero nuestra conciencia, al menos, habrá quedado tranquila, y podremos decir, como el salmista, que *en medio de la asamblea levanté mi voz, no permanecí callado* (Ps. 40, 9-10).

La fecha coincide además, casualmente, como decíamos, con el 50 aniversario de la publicación de ese famoso decreto al que nos hemos referido, publicado en diciembre de 1973, decreto con numerosos errores en su redacción, como fruto de una actuación de urgencia, y que apenas ha tenido transcendencia pública, pero que fue de una gran utilidad para evitar que pudieran destruirse algunos de los yacimientos tartésicos más importantes del Bajo Valle del Guadalquivir, siempre que las autoridades municipales correspondientes quisieran hacer uso de él para protegerlos, como sucedió con la expropiación de la antigua Celti (Peñaflor), la excavación del Cerro Macareno, del Cerro de las Cabezas, de Santiponce, la del Cerro de San Juan, de Coria del Río, y el propio Cerro de El Carambolo.

Tartessos y tartesios

Vamos a comenzar diciendo, para facilitar desde el principio la comprensión de lo que decimos, que nosotros vamos a llamar tartesios a los indígenas que habitaban desde el principio el territorio que todos conocemos en el suroeste peninsular, los autóctonos que los fenicios encontraron al arribar a nuestras costas, el que los griegos llamaron *Tartessós* y ahora la “comunidad científica” prefiere decir, al parecer, Tarteso, como aparece a veces también en las fuentes antiguas. Nosotros, que no vemos razones para cambiar, seguiremos llamando Tartessos al territorio y tartesios a los indígenas que vivían en él y recibieron en su día a los navegantes fenicios, pues estamos convencidos de que no fueron ellos quienes les pusieron nombre, sino simplemente quienes nos dijeron, siempre a través de los griegos, cómo se llamaban. Como no fuimos nosotros, siglos después, los que pusimos nombre a los araucanos, ni a los incas, ni a los mayas, ni a ningún otro, con alguna excepción, de los pueblos que encontramos al llegar a América y recorrerla, sino que simplemente dijimos como se llamaban ellos a sí mismos, y se siguen llamando, pasados los siglos, cuando no se han integrado por completo en lo que consideramos sociedad moderna con sus inmensas posibilidades de mestizaje.

Ruiz Mata (2023a: 295, 513) cree que no debe usarse la palabra tartesios para la población anterior a la llegada de los fenicios. Y nos preguntamos por qué. ¿Es que la población autóctona cambió de nombre porque empezaran a llegar fenicios y algunos se enriquecieron al comerciar con ellos? No lo creemos. Por el contrario, pensamos que la población precolonial, pastores, agricultores, mineros y metalúrgicos, que tenían sus poblados frecuentemente en el interior, eran tan tartesios como los que estaban empezando a cambiar su vida al contacto con los colonizadores, se habían hecho devotos de sus dioses y, con frecuencia, hasta habían trasladado sus hogares a lugares nuevos para más cómodamente tratar con ellos, los cuales también habían empezado a establecerse de manera permanente en nuestra tierra, en lugares fácilmente accesibles, por lo general al borde del mar o de los ríos.

Para nosotros habrá, por tanto, seguirá habiendo, aunque a muchos les cueste admitirlo, unos tartesios precoloniales o prefenicios, sin necesidad de acudir al subterfugio de llamarles de ninguna otra manera imaginada (Escacena-García, 2012:774). Pensamos que el proceso de interacción lo único que hizo, y no fue poco, fue transformar el modo de vida de aquellos indígenas que, sin que en su conjunto y en su esencia dejaran de ser lo que eran, se fueron enriqueciendo y transformando culturalmente, en un proceso que vino a durar unos 300 años y que progresivamente iría afectando a toda la población, la cual curiosamente no acabó orientalizada, sino que, tan pronto como cesaron las influencias orientales volvieron a sus costumbres, como agricultores, pastores, mineros y metalúrgicos, dentro de lo que será el mundo ibérico, aunque con personalidad propia, los túrdulos y turdetanos de los que nos hablarán los romanos, que en ocasiones, seguramente para puntualizar, harán referencia todavía a los tartesios.

Para Miguel Naranjo (2016:311) sería absurdo seguir manteniendo la idea de El Carambolo como un espacio exclusivamente fenicio y dependiente de Spal con el fin de ocultar lo que la evidencia arqueológica revela, que sería resultado de un complejo proceso de hibridación. Algo que ya hacía muchos años había defendido Pellicer, otro querido colega con el que estamos plenamente de acuerdo, al considerar tartésica a la rural cultura indígena existente en el momento de la llegada de las primeras influencias orientales, una cultura con personalidad propia que en el momento en que aparece por primera vez en las fuentes está en pleno proceso de orientalización por influencia fenicia. Y Aubet creía necesario valorar en su justa medida ese horizonte cultural indígena que entró en contacto con el elemento colonial fenicio a finales del s. IX a.C. (Aubet, 1977-78: 81).

También Blanco era partidario de considerar tartesias a las comunidades indígenas ya desde antes de la llegada de los fenicios, pensando que, junto a las oligarquías que se enriquecieron, había otros tartesios, los más, que tal vez ni produjeron, ni consumieron, ni participaron de ningún modo en ese proceso orientalizante. ¿Y dejaron por ello de ser tartesios? *La sustancial continuidad de cultura entre las poblaciones del Bronce Final y las que conocen el influjo de los fenicios obligaría a aceptar que todas ellas eran tartesias*, aunque no se atreva, ni habrá quien de momento se atreva a hacerlo, a fijar los orígenes de esos tartesios, pues sus raíces son profundas y se hunden en la Edad del Bronce (Alvar, 1994: 42-43). Y así piensan también Bendala (2023:44), Celestino (2023:116), Torres Ortiz (2023a:163), y otros muchos investigadores, tanto de los que estudian el núcleo tartésico como de los que se fijan en los de la periferia, sea en los confines de levante (Lorrio, 2023: 149), del sureste o de la costa meridional, alguno de los cuales llega a hablar incluso del *rol determinante de las comunidades autóctonas* (Suárez Padilla y otros, 2023: 173), sea del interior de la Península, de ese cuadrante suroccidental de la Meseta que tan bien conoce Zarzalejos Prieto (2023: 575), o de la Extremadura portuguesa (Sousa, 2023:617).

Algo similar, por otra parte, a lo que Nigro (2023:78) y Botto (2023:99) han observado analizando los restos hallados en las islas de Sicilia y Cerdeña, dos islas a mitad de camino en la travesía, que durante mucho tiempo se pensó que habrían estado desiertas a la llegada de los colonizadores, y que ahora, por el contrario, se ha constatado que estaban habitadas, que la población indígena desempeñó un importante papel en las actividades de aquellos y que ambas culturas acabarían fundiéndose para crear una nueva, lo mismo que debió de suceder con los tartesios. Dos mundos, dice Botto, que acabarían aproximándose el uno al otro para sentar las bases de una nueva realidad, el humus para el nacimiento de una nueva cultura. Aunque haya quien sostenga que ambos pueblos convivieron, pero fueron escasamente permeables (Escacena, 2023:211).

Y ya no son solo simples investigadores, aunque sean de la talla de los citados, los que defienden esta continuidad de población, sino que “la comunidad científica”, a la que nos adherimos, reunida en Huelva en mayo de 1980, con motivo de la Primeras Jornadas Arqueológicas sobre Colonizaciones Orientales, fijó los criterios de definición de lo tartésico, muchas veces repetidos: “*Es tartésica la cultura indígena existente ya en el momento de llegada de las primeras influencias orientales... que en su aspecto material queda definida por la presencia de elementos tan característicos como son*

las cerámicas decoradas con motivos geométricos bruñidos y las cerámicas pintadas de tipo Carambolo, se mueve cronológicamente dentro de los límites del periodo diferenciado desde el punto de vista tecnológico como Bronce Final...” (Álvarez Martí-Aguilar, 1980: 17; 2010: 85; 2023: 22).

¿Vacío poblacional?

La raíz de la posible confusión estriba en que aceptemos, o no, que a la llegada de los colonizadores había aquí, o no, población indígena, autóctonos, residentes, turta o como queramos llamarles, que a todo se ha acudido para no llamarles tartesios, sin que alcancemos a comprender las razones. Si no había población indígena, todo sería fenicio; si la había, sería tartésico. Y la pregunta clave podría ser: ¿es que vinieron también mujeres fenicias?

Es cierto que desde el final del llamado Bronce II, o Bronce Tardío, hacia 1200 a.C., se observa una disminución de yacimientos habitados, lo cual ha sido interpretado por algunos como un vacío poblacional en toda la región, un despoblamiento pretartésico se ha dicho (Escacena, 2013: 141; 2023: 465), y ha llegado a hablarse de una “edad oscura” y hasta de un “panorama desolador” desde el punto de vista demográfico. Fernández y Rodríguez, los últimos excavadores de El Carambolo, son más moderados y sostienen que sus conclusiones no conllevan afirmar que exista un vacío poblacional, sino simplemente que, con los datos actualmente disponibles, no se puede afirmar la presencia de poblaciones indígenas en este territorio (Fernández Flores y Rodríguez Azogue, 2010: 261).

Pero nosotros creemos que sí tenemos datos suficientes para afirmar lo contrario. No negamos que hubiese habido una disminución demográfica a partir del calcolítico, que la población hubiese ido disminuyendo a lo largo de la Edad del Bronce, pero no hasta el extremo de poder hablar de un vacío poblacional. Admitimos que ya no existían poblados de la envergadura de Carmona o Valencina de la Concepción en época calcolítica, pero está claro que estos poblados nunca dejaron de existir, hasta nuestros días, y en el mismo Cerro de El Carambolo los últimos excavadores documentan fondos de cabaña con presencia de campaniforme que hacen llegar hasta 1100 a.C., contemporáneo prácticamente, por tanto, del que nosotros encontramos hace unos años frente al cerro, a la otra orilla del mar que empezaba a ser río, en terrenos de la antigua Universidad Laboral, también con cerámica campaniforme que fue fechada en 1240 a.C. (Fernández Gómez y Alonso de la Sierra, 1985: 7-26). Y Escacena (2013: 137), que en otros lugares defiende el vacío poblacional, reconoce que la cultura tartésica es el resultado de la coexistencia

de los colonizadores con un *potente y altamente desarrollado sustrato demográfico y cultural bajoandaluz, en un proceso que duraría unos tres siglos.*

En Carmona parte de la población indígena siguió viviendo, nos dice Belén (Belén y otros, 2005: 648), como en la etapa anterior de la Edad del Bronce, en modestas chozas circulares hechas con materiales endebles, agrupadas en pequeños núcleos dispersos. Y en la Calle Arellano de esa ciudad se documentó parte de una estructura elíptica que se interpretó como fondo de cabaña, como la de Carriazo de El Carambolo. Coexisten, por tanto, entre los siglos VIII y VI a.C., las antiguas cabañas circulares de la población autóctona con las nuevas construcciones urbanas de muros rectos que traen los colonizadores, encontrándose siempre asociados en los ajuares elementos de tradición local, con abundante cerámica a mano de superficies y decoraciones bruñidas, y cerámicas a torno de importación, una mezcla indicativa de situaciones de contacto y convivencia. Y lo que tenemos en Carmona lo vemos en otros muchos lugares del Bajo Valle del Guadalquivir.

En la cercana Setefilla, en Lora del Río, el Bronce Pleno se mantiene hasta finales del II milenio a.C. para dar paso a formas cerámicas propias del Bronce Final, tanto tartésicas como oriundas de la Meseta, con ejemplares de tipo Cogotas (Ruiz Mata, 2023:250), e incluso de tipo Boquique en Montemolín (Chaves y Bandera, 1981:375). La necrópolis de la Cruz del Negro ofrece igualmente evidencias claras del intercambio cultural derivado de la cohabitación y la mezcla étnica.

Algo similar observamos en el Cerro Mariana, en la antigua ciudad de Conobaria, en la que, al parecer, hubo, desde su fundación, quizás ya a fines del s. IX, un contingente demográfico mixto con chozas circulares para la población indígena y viviendas de muros rectos para los colonizadores (Pellicer y Escacena, 2007: 10). Y las prospecciones en El Puerto de Santa María ofrecen igualmente un poblamiento intenso anterior a la llegada fenicia (Ruiz Mata, 2023:502).

El poblado de San Bartolomé, en Almonte, podría servirnos de modelo para la reconstrucción de un poblado indígena de esta época prefenicia, con cabañas de plantas circulares u ovaladas, paredes y techumbres de estructura vegetal y huellas de postes de madera para sostener el techo (Ruiz Mata, 2023: 257, 532).

Y podrían añadirse muchos más casos. Se trataría, unas veces, de gentes que ya habían tenido contactos esporádicos con comerciantes del Mediterráneo Oriental desde época muy antigua, pues están constatados desde el calcolítico, y no debieron de interrumpirse nunca, como indica la presencia

ocasional de elementos micénicos, que han querido verse en alguna de las llamadas estelas del suroeste, la de Ategua, y en cerámicas de Montoro y de Coria del Río (Pellicer, 2010:428;), aunque actualmente se ha puesto en duda la datación de esta vasija que guarda el Museo de Sevilla (Escacena, 2008: 315). Pero hay un consenso general en admitir un *continuum* temporal en las relaciones entre el Mediterráneo Oriental y el Occidental al menos desde el calcolítico (Bendala, 2023:48ss.; Ruiz Mata 2023b: 97)

En el Cabezo de San Pedro (Huelva) disponemos de una serie estratigráfica completa desde la Edad del Bronce, finales del segundo milenio, momento en que podrían haberse ocupado por primera vez todos los cerros de Huelva, hasta nuestros días. Allí, en un potente nivel 5, que se fecha entre los siglos XI-VIII a.C., hallamos los grandes vasos de boca acampanada y los platos de retícula bruñida. Pero la verdadera riqueza, nos dicen sus excavadores, la aporta una cerámica “*menos conocida..., pero de una calidad sorprendente... Nos referimos a fragmentos de color generalmente castaño que ofrecen decoración finísima de carácter geométrico pintadas en rojo...*”, que se han encontrado con mayor abundancia en El Carambolo. Y consideran prefenicio a ese nivel, en el que ya se encuentran escorias muy abundantes cuyo análisis permite comprobar la existencia de una metalurgia de plata anterior a la de la colonización fenicia. Y piensan que estamos frente a una cultura atlántica sumamente desarrollada, reflejo quizá de la llegada de un pueblo de procedencia occidental. Por debajo de ese nivel 5 se encuentra todavía otro inferior con cerámicas que pueden relacionarse con la cultura megalítica, lo que les lleva a pensar que aquellos primeros habitantes de las colinas de Huelva pudieron conocer una metalurgia del cobre muy primitiva, y se vieron desplazados o, al menos, influidos por colonizadores atlánticos. Por encima se asienta un nivel más débil correspondiente a la colonización fenicia (Blázquez Martínez y otros, 1989:13). Es lo que vienen a decir también Gómez Toscano y Campos Carrasco (2008: 121, 136) al defender la existencia en ese lugar de dos periodos principales de ocupación durante el Bronce Final, ambos anteriores a la presencia fenicia, y relacionados con la explotación minera del cobre y de la plata que, al llegar los fenicios, gozaba ya de una larga tradición a nivel artesanal.

Se trataría de explotaciones mineras como las que se han constatado en la Corta del Lago, de Riotinto, cuyos estratos inferiores, asociados a escorias de plata, se han datado por sus materiales en el Bronce Tardío, s. XII-X a.C., aunque los yacimientos prospectados, de fechas más antiguas, se consideran relacionados con la metalurgia del cobre y no de la plata (Ruiz Mata,

2023: 531), pues desde el Bronce Final las minas de cobre alcanzaron allí un alto grado de producción.

Recientemente se han puesto en duda, sin embargo, estas conclusiones, al comparar los materiales hallados en el Cerro de San Pedro con los recogidos en el conjunto de Méndez Núñez-Las Monjas, que hacen, al parecer, inviable el reconocimiento de un horizonte preferencioso en ese cabezo, y dicen que no es posible vincular, con argumentos arqueológicos, los orígenes de Huelva con los grupos locales que se supone vivían en el territorio de la actual provincia onubense antes de la llegada de colonos desde el Mediterráneo oriental (Padilla Monge, 2016:97,108), conclusiones con las que no parece estar de acuerdo Ruiz Mata (2023a:308), que sostiene que la proporción de vasos indígenas y fenicios recogidos en ese complejo Méndez Núñez-Las Monjas muestra con claridad que los colonizadores llegaron a un lugar *muy habitado por gentes de notable rango social*, ya en el s. IX a.C., fecha en la que sitúa los contactos iniciales (Ruiz Mata, 2023a:331; 2023b:105). Por entonces debió de ocuparse el Cerro de San Pedro por una población del Bronce Final preferencioso, y a partir del s. VIII se irían ocupando, a su juicio, los distintos cabezos de la ciudad (Ruiz Mata, 2023: 618).

Ruiz Mata defiende que, a su llegada, los fenicios encontraron en las zonas de Huelva, el estuario del Guadalquivir, la bahía gaditana y la campiña un numeroso poblamiento indígena del Bronce Final. Huelva habría sido el segundo punto de contacto de los fenicios en nuestras costas, el primero La Rebanadilla, en el aeropuerto de Málaga. El tercero sería Gadir. Aquellos indígenas ocupaban cabañas de planta oval o circular que progresivamente se irían trocando en viviendas rectangulares, con paredes de adobe sobre zócalos de piedra, pavimentos de arcilla rojiza en los que todavía hoy hallamos hogares y hornos de pan, bancos adosados a las paredes y las huellas de los postes de apoyo del techo (Ruiz Mata, 2023a: 483, 485; 2023b:107; Torres Ortiz, 2023b:398).

Y tenemos testimonios de la presencia de esa población nativa no solo en los cabezos de Huelva, sino también en el mundo de las cistas que excavara Mariano del Amo (1975: 109) en El Becerrero y El Castañuelo, las que excavamos nosotros mismos en Sanlúcar la Mayor (Fernández Gómez y otros, 1976: 351), y las halladas en la cercana Tejada la Vieja (Ruiz Mata, 2023a:527); y están acreditados en Montemolín (Bandera y otros, 1985:316; Chaves y otros, 2000:577), Acinipo (Becerra, 2003:202), Almonte (Jurado y Ruiz Mata, 1986: 30), Castro Marín, Castro de Ratinhos (Antunes, 2023: 677) y en muchos otros lugares, entre ellos el mismo Carambolo (Escacena,

2018: 35). Y se deduce de la posibilidad de hacer murallas como la de Tejada o muros como el de San Pedro, que, aunque sean de época fenicia no fueron hechos por los fenicios. Sin mano de obra no hay colonización que prospere, dice Ruiz Mata, que expresa su convicción hasta en el subtítulo de uno de sus más recientes artículos: *Sin indígenas no hay fenicios ni tartesios* (Ruiz Mata, 2023b:93). Y si Cádiz fue posible, dice, lo fue porque enfrente tenía una numerosa población autóctona (Ruiz Mata, 2023b:110). Aunque estemos de acuerdo en que nunca fueron aldeas que llegaran a desarrollar formas de vida urbana (García Fernández, 2023:490), sino simples aldeas dispersas con escasa población (Gomes, 2023:635).

Hay datos, por tanto, para afirmar lo contrario de lo que sostienen Fernández Flores y Rodríguez Azogue (2010: 261). Y es de sentido común. Si los fenicios, o los griegos (Dominguez Monedero, 2023:206), vienen a la Península, vienen a por metales, si saben que los hay, es porque alguien aquí los explota, si vienen a comerciar, vienen a comerciar con alguien, si en determinado momento algunos deciden quedarse en nuestra tierra abandonando la suya es porque aquí hay mujeres con las que convivir, porque no tenemos constancia de que en los barcos vinieran muchas mujeres fenicias. Y a esos hijos de fenicios e indígenas ¿cómo les llamaremos? Fenicios no, porque no nacieron en Fenicia. Les consideraremos tartesios, como siglos después se referirán a ellos los griegos, pues no vemos motivo suficiente para que cambiaran su nombre por el simple hecho de haber entrado en contacto con los fenicios, hecho de cuya importancia histórica ellos no fueron conscientes seguramente nunca.

Está claro que la llegada de los colonizadores provoca lentos pero intensos movimientos de población indígena desde el interior hacia zonas de más fácil contacto con ellos, a orillas del mar o de los ríos, en las que con frecuencia acabarían estableciéndose y fundando ciudades ex novo, o desarrollando pequeños enclaves indígenas anteriores, como vemos en Cerro Macareno, Celti (Peñaflor), Castillo de Lora, Cerro de San Juan (Coria del Río) y tantos otros lugares (García Fernández, 2023:498).

Los fenicios no llegan a Tartessos, se dice en algunas ocasiones, Tartessos se fue creando en acción conjunta de indígenas y fenicios (Ruiz Mata, 2023: 295). Y ciertamente así se fue creando el Tartessos rico que se hizo famoso y al que aludirán los escritores clásicos. Pero Tartessos, como expresión de un territorio, existía ya desde antes y estaba habitado por unos indígenas que vivían más o menos pobremente de la agricultura, la ganadería, la pesca o la minería, que sería lo que a la postre le daría su legendaria fama de tierra

rica, tras la llegada de los colonizadores, pero con una economía inicial de subsistencia, que muchos continuarán llevando después, ajenos en principio al proceso de transformación que se estaba operando a su alrededor, aunque a la larga acabaran integrándose todos en el sistema y beneficiándose de él. Algo similar a lo que puede estar ocurriendo en nuestros días en algunos países del Golfo Pérsico, en los que, antes de que se explotara el petróleo, vivían unos nativos que después se han enriquecido con su tratamiento y comercialización, ahora, el petróleo, entonces, los metales, sobre todo el cobre y la plata, que los países de oriente próximo necesitaban, nosotros teníamos en uno de los yacimientos mineros más ricos del mundo conocido (Ferrer y Hunt, 2023: 262) y los comerciantes fenicios se encargaron de llevar, en un sentido comercial inverso al que ahora está enriqueciendo a aquellos países. Pero en el mediodía peninsular nunca hubo un vacío poblacional como se ha sugerido con el fin de probar que en Tartessos casi todo lo que se hizo fue obra de los fenicios (Escacena, 2010: 138). Y cuanto más se excava, más claramente se pone de manifiesto la existencia de esa población nativa que, si en ocasiones se ha considerado escasa, en otras se ha dicho que tuvo que ser intensa, numerosa (Ruiz Mata, 2023: 355, 359).

Indicativas de la existencia de una población autóctona numerosa son también las armas halladas en la Ría de Huelva, curiosamente procedentes, al parecer, de minerales importados (Ferrer y Hunt, 2023: 268), que no sabemos si considerar chatarra o producto de sucesivas ofrendas arrojadas a las aguas durante ritos funerarios preferenciales (Ruiz Gálvez, 2023:75), aunque nosotros nos inclinamos más bien por esta segunda opción, pues espadas del mismo tipo se han hallado y se siguen hallando en los cursos de los ríos².

Las enigmáticas estelas llamadas del Suroeste, aunque ahora vemos que se extienden por gran parte del oeste peninsular, hasta Galicia, funerarias o no (Galán, 1993: 61; Ruiz Gálvez, 2023: 82; Bendala, 2023:53; Torres Ortiz, 2023a:165), serían otro elemento que nos hablaría de la presencia de esa población indígena preferencial, pues no tienen en sus orígenes ningún elemento oriental, que sí se irán añadiendo en las de época más tardía.

También del occidente peninsular atlántico se nos dice que, a la llegada de los fenicios, estaba habitado por poblaciones bien caracterizadas desde el punto de vista cultural, agricultores y pastores que, a la vez, explotaban los recursos mineros a escala doméstica, tal vez en el ámbito familiar, y vivían en cabañas de planta oval o circular (Arruda, 2010: 440). Lo que en cualquier caso está claro es que la llegada de los fenicios en busca de metales provocó

² El último en Coria del Río, hallado al parecer hace unos años al dragar el Guadalquivir (Diario de Sevilla, 23.IX.2023), lo mismo que las de Matalascañas, Bellavista y Corta de la Cartuja (Ruiz Gálvez, 1995:30)

no solo intensos movimientos de población interna, sino también un notable incremento de la producción minera, enfocada ahora principalmente a la metalurgia de la plata, atrayendo población de otros sectores.

Existencia, por tanto, de una población indígena que tuvo que ser requerida por los colonizadores como colaboradora necesaria, por su conocimiento del terreno, como mano de obra imprescindible para la captación de recursos, y para el crecimiento de la población y la consolidación de las fundaciones cuando aquellos comenzaron a establecerse de manera permanente en nuestra tierra (Ruiz Mata, 2023:308, 508). Sin población indígena que previamente las explotara, resulta difícil imaginar que pudieran los fenicios, primero conocer, y luego explotar las riquezas metalíferas del suroeste, dice Alvar (2008: 33).

Detalle a tener en cuenta, que también apunta Alvar (2008: 32), sobre el carácter de aquella población sería que las fuentes clásicas nunca se refieran a ella como fenicia, lo que sin duda hubieran hecho de haber sido tan intensa la colonización como para hacer perder a los indígenas su propia personalidad.

Las excavaciones de Carriazo

Tras la aparición del tesoro en septiembre de 1958, Carriazo llevó a cabo, como todos sabemos, una excavación de urgencia en el lugar del hallazgo. Pero no la hizo solo. Consciente de sus limitados conocimientos arqueológicos, se buscó el asesoramiento de quienes podían realizar los trabajos de campo e interpretar los hallazgos mejor que él. Y acudió, por una parte, a quien más experiencia de la arqueología local tenía, el Prof. Collantes de Terán, y, por otra, a una de las personas que más amplios conocimientos tenía en aquellos momentos sobre la Edad del Hierro en su conjunto, y con gran experiencia en trabajos de campo, el Prof. Maluquer de Motes, que por entonces enseñaba en la Universidad de Salamanca. Y como mentor general a una autoridad indiscutible, D. Manuel Gómez Moreno, que había sido profesor suyo y el cual, invitado por él, visitó el yacimiento en la primavera de 1959 y le animó a realizar algún sondeo en la ladera del cerro, donde localizaría los restos de lo que llamó Poblado Bajo. Personas todas de una extraordinaria valía, a las que se unieron, como arqueólogos de campo, Concepción Fernández-Chicarro, directora del Museo Arqueológico de Sevilla, y Carlos Posac Mon, Delegado de Excavaciones en Ceuta. Con el apoyo de este equipo llevó a cabo sus trabajos. Y llegaron a la conclusión, a la vista de los materiales que encontraban como contexto del tesoro, de que el lugar en el que había sido enterrado era un antiguo fondo de cabaña. Y que el tesoro se había enterrado

allí en unos momentos en los que ya se habían establecido en el cerro colonizadores orientales que utilizaban en su vida diaria estructuras de habitación distintas, con casas de planta rectangular y muros rectos y ajuares por completo diferentes a los de los indígenas, con lo cual resultaba muy fácil distinguir a unos de otros, los indígenas de los colonizadores, y entre aquellos a los precoloniales de los ya colonizados.

Dos núcleos de población, por tanto, distintos, uno antiguo, relacionado con el Bronce Final autóctono, presente en lo más profundo del fondo de cabaña, que solo ofrecía en su nivel inferior materiales indígenas, y otro, más moderno, que había colmatado con basuras el fondo de cabaña y levantado el poblado inmediato, el cual, desde los niveles inferiores, ofrecía mezclados materiales indígenas, que aún seguían utilizándose, con los propios de los colonizadores, las cerámicas a torno y productos de importación.

Y todos aceptaron el esquema como algo arqueológicamente lógico, claro y congruente y, por lo tanto, válido, felicitándose los arqueólogos de la época, nuestros maestros, de que, por primera vez, se hubieran encontrado restos que podían relacionarse directamente con los famosos tartesios de las fuentes escritas y nos permitían conocer su cultura material. Algo que Schulten había anhelado y por lo que había trabajado gran parte de su vida, sin conseguirlo, el destino lo ponía ahora espontánea y generosamente en manos de los investigadores, de lo que estos se congratulaban, pues empezaba a levantarse el velo de un enigma histórico, que dejaba además al descubierto, decían algunos, a la vista del tesoro, que se trataba de una cultura local, con profundas raíces célticas e influencias orientales (Tarradell, 1967:292; 1968:83). Parecían cumplirse los anhelos que Pericot (Álvarez, 1952: 52) expresaba unos años antes: *¿Qué nos dirán los textos tartesios cuando puedan hablar o, mejor, cuando podamos entenderlos nosotros?* (Álvarez, 2010: 67). No se trataba de textos escritos, pero sí de elocuentes materiales arqueológicos. Carriazo decía simplemente, a la vista del tesoro, que se trataba de algo hispánico y andaluz (ABC, 16.XI.1958). Todos ponían el énfasis, por tanto, en su indigenismo, y relacionaban los hallazgos con los de las civilizaciones que llamaban eneolíticas del Bajo Guadalquivir (Carriazo, 1969: 339).

También Maluquer observaba una clara continuidad con el mundo indígena, en progresivo enriquecimiento ante la fuerte elevación del nivel de vida provocado por los estímulos coloniales mediterráneos (Maluquer, 1955: 243). Resultado, por tanto, de la convergencia, sobre una base poblacional y cultural indígena de larga tradición prehistórica, de dos potentes influencias, una interior, la del mundo celta llegado a través del norte de la Península

(Maluquer, 1957: 167; 1970: 34), y otra exterior, la de la colonización fenicia, todas las cuales acabarían necesariamente fundiéndose.

Las nuevas excavaciones

A principios de este siglo, ante el proyecto de construcción de un hotel moderno en el Cerro de El Carambolo, a pesar del contenido del Decreto a que antes aludíamos, se consideró necesario continuar en él las excavaciones iniciadas por Carriazo medio siglo antes, ahora con métodos más modernos, con la amplia financiación de quienes proyectaban el hotel, y con el bagaje de conocimientos adquiridos durante ese medio siglo de excavaciones e investigaciones en numerosos yacimientos, que nos permitían tener un conocimiento bastante detallado en su conjunto de aquella cultura tartésica que Carriazo había empezado a desvelar.

Las nuevas excavaciones, llevadas a cabo por un equipo de arqueólogos de nuestra universidad, han supuesto, sin duda, un innegable enriquecimiento del número de materiales de la época que conocíamos, pero no podemos decir que hayan supuesto, a nuestro parecer, un enriquecimiento paralelo de los datos que había aportado Carriazo, sino que, por el contrario, los nuevos excavadores han llegado a unas conclusiones muy distintas de las suyas, viniendo incluso a contradecirlas y considerarlas nulas, pues, a su juicio, ni la cabaña fue una cabaña, ni el poblado fue un poblado, ni las joyas fueron para un personaje, ni el tesoro era tartésico. Tras sus trabajos, todo era nuevo (Escacena, 2010: 137). El tesoro cambia de bando, anunciaba la prensa a toda página, “algo histórico” titulaba El Mundo (29 IX 2008). El tesoro de El Carambolo ya no era tartésico, sino fenicio. Las últimas investigaciones habían ratificado lo que algunos investigadores venían diciendo, se aseguraba, desde los años 90. Sin embargo, los análisis del oro de las joyas realizados en aquellos años por el Museo Arqueológico aseguraban que el oro era de procedencia ibérica y estaba relacionado con el hallado en los enterramientos de la Edad del Cobre de Valencina de la Concepción³. ¿Tartésico, entonces, o fenicio?

Para empezar, lo que Carriazo había considerado como una cabaña de la población indígena en la cumbre del cerro, no habría sido tal, sino una fosa ritual, un basurero, o, quizá, restos de un antiguo santuario, el *Fani Prominens* a que había aludido en alguna ocasión el poeta latino Rufo Festo Avieno (Escacena, 2018: 66), cualquier cosa menos un lugar de habitación como había creído Carriazo.

³ Tartessos y la Atlántida, *Journal of Archaeological Science*, 31 VII 2020; recogido por *National Geographic, Historia*, IV 2018.

Lo que el viejo profesor había considerado, a su vez, como un poblado, por la aglomeración de construcciones que había sacado a la luz en la ladera del cerro, no habría sido en realidad un poblado, sino un enorme santuario levantado por unos colonizadores recién llegados que lo habían dedicado a las divinidades orientales Baal y Astarté, a las que habrían estado consagradas sendas capillas; y todas las demás construcciones no habrían sido casas de habitación vulgares, sino un barrio al servicio del santuario.

Las joyas del tesoro, por último, no habrían sido para un sacerdote/rey como lo había imaginado Carriazo y se mostraban en el Museo Arqueológico, sino, en su mayor parte, veinte, para los toros, vacas o bueyes destinados al sacrificio en el supuesto santuario, y solo tres para el sacerdote sacrificador.

Todo lo anunciado por Carriazo, aquella excavación que él confesaba haber llevado a cabo *apasionadamente* (ABC, 16 XI 1958), con la meticulosidad, se enorgullecía, de una operación quirúrgica, quedaba, por tanto, sin validez: Había que partir de cero. *Borrón y cuenta nueva*, dicen literalmente los nuevos excavadores (Escacena: 2010:135). Y se eligen tres temas fundamentales en los que basar, a modo de pilares, el nuevo paradigma: el fondo de cabaña, la cerámica pintada de tipo Carambolo y los que empezaron a llamar “frontiles”, las joyas del tesoro que Carriazo había considerado pectorales.

Y con ese paradigma empezó a construirse, y aún se sigue construyendo, todo un montaje que nosotros consideramos ficticio, un auténtico castillo de naipes sin solidez alguna. Porque no encontramos respuesta a muchos de los interrogantes que se nos plantean. Y como los arqueólogos que dirigieron las excavaciones, Álvaro Fernández y Araceli Rodríguez, realizaron un excelente trabajo de campo, que tenemos que agradecer, ahora podemos revisar sus conclusiones, en cuya redacción han participado activamente otros investigadores, los cuales, conscientes de que sus propuestas no iban a ser universalmente aceptadas, se curan en salud: “*Desmontado aquel armazón, se hace necesario construir otra explicación distinta, una propuesta que no encontrará sus mayores escollos en la falta de datos, sino en el Leviatán académico, plenamente dispuesto como siempre a resistir con su inmenso poder al cambio de paradigma...*” (Escacena, 2010: 105). Y nosotros, aun a riesgo de ser integrados en ese imaginario Leviatán, con el que en modo alguno nos identificamos, nos permitimos aquí, con todo respeto, pero también con toda libertad, mostrar nuestra disconformidad y tratar de demostrarla. Y recordando el viejo adagio: *excusatio non petita, accusatio manifesta*, vamos a pasar a analizar cada uno de los pilares en los que pretende basarse el nuevo y revolucionario paradigma. Antes analizaremos el desarrollo de estas últimas exca-

vaciones, centrándonos en el punto de mayor interés: ¿se trata de un poblado o de un santuario?

¿Poblado con su santuario o santuario con su poblado?

Todos estamos de acuerdo en que en el Cerro de El Carambolo tuvo que haber un santuario y muy probablemente consagrado a Astarté. No faltarían en ningún poblado. Lo que no sabemos es dónde pudo estar ubicado.

Carriazo, como hemos visto, después de excavar el fondo de cabaña, o basurero, donde había aparecido el tesoro, excavó en la ladera del cerro, y allí encontró lo que consideró un poblado, mejor dicho, varios poblados superpuestos, cuyas plantas procuró respetar en su integridad, y, al no coincidir los muros de las casas del nivel superior con las del inferior, consideró que el poblado tenía una “planta laberíntica”, como la calificó. Pero se dio cuenta perfectamente de que se trataba de unas gentes distintas de las que habían vivido en la cabaña de la cumbre del cerro: sus casas eran cuadradas, con muros rectos, de adobe, y en sus materiales ya eran abundantes, desde el nivel inferior, los fragmentos de cerámica a torno.

Fernández y Rodríguez han seguido excavando allí, pero lo que Carriazo pensó que era un poblado, ellos lo consideran como un simple barrio de servicios de lo que habría sido un gran santuario. Y confirman lo que Carriazo dejó bien claro analizando los materiales que encontraba, que el poblado se había levantado en tiempos ya coloniales, y así lo indicaban no solo esa presencia de cerámicas a torno desde el nivel inferior, sino también todas las fechas obtenidas por C-14, para llegar, sin embargo, paradójicamente, a la conclusión de que la presunta cultura tartésica previa a la colonización fenicia quedaba sin fundamento científico (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2010: 204). Y no entendemos por qué, porque Carriazo nunca dijo que el poblado fuera precolonial, precolonial era solamente el estrato inferior, el famoso nivel IV, del fondo de cabaña que, lógicamente, también lo era, pues lo era su relleno. Los nuevos excavadores observan en el poblado un nivel inferior de incendio, y lo fechan en el s. IX a.C. (Escacena, Fernández y Rodríguez, 2007:7), fecha en la que todos podemos estar de acuerdo. Pero por la presencia de determinados ajuares y, sobre todo, de determinadas estructuras, además de por ese nivel inferior de incendio, que podría haber sido, dicen, ritual, para la purificación del terreno, consideran que aquello no es un poblado vulgar sino un santuario, un gran santuario. Y en eso no estamos ya tan de acuerdo.

Blanco, autoridad y memoria que todos respetamos, sin excavar en el cerro, había propuesto ya interpretar los restos que aparecían en su cima como

un posible lugar de culto, muy humilde, decía, en su arquitectura, similar a los del Egeo en época geométrica y orientalizante, momento en el que los templos eran edificios muy rudimentarios, pero muy ricos en sus materiales (Escacena, 2010, 106-8). Según él, una de las notas características de los santuarios era su carácter exento (Escacena, 2001: 87 ss.), requisito que cumplía el fondo de baña, pero no el conjunto de construcciones coloniales anexas excavadas después, aunque ahora se soslaya el requisito extendiendo el carácter de santuario a todo el conjunto del cerro, que habría albergado dos capillas, como ejemplo paradigmático de santuario fenicio (Escacena, 2023: 469), una para Baal y otra para Astarté, y junto a ellas todo un barrio de supuestos servicios, ninguno de los cuales ha podido lamentablemente identificarse. Podría pensarse que, al menos en parte, hubieran sido talleres al servicio de los peregrinos, artesanos del bronce, del marfil, de la cerámica, del hueso, de la orfebrería, o centros de distribución, o favisas de objetos como el que se halló en Alhonor (López Palomo, 1981:55; Almagro Gorbea y Moneo, 2000:22), para que los peregrinos pudieran hacer ofrendas a la pareja divina, pero no se ha identificado ninguno.

¿Cómo podemos admitir que, en una excavación tan bien hecha, no hayamos sido capaces de identificar, de haber existido, en todo un barrio de servicios, ni un solo taller? Más todavía ¿cómo es posible que hayamos sido capaces de identificar tantos santuarios en tantos poblados, como para sentir actualmente la necesidad de establecer toda una tipología y mejor entendernos (Rodríguez González, 2023: 252), y no hayamos podido identificar ni un solo taller en ninguno de ellos? La razón es muy sencilla: Porque hemos considerado santuario cualquier ámbito que ofreciera el más mínimo testimonio que pudiera estar relacionado con la religión o el culto, un betilo, un altar/hogar, una cerámica simbólica, un exvoto... Y a partir de ahí, hemos ido sacando deducciones hasta llegar a formar en nuestras mentes auténticas realidades virtuales, tal como las intuíamos, y después las hemos dado vida. Al fin y al cabo, todo era cuestión de fe. Para demostrar la existencia de un taller, se nos exige algo más, testimonios materiales, instalaciones, herramientas, restos de talla, moldes, estampillas, objetos... Y no hemos encontrado ninguno en ningún sitio.

Otra nota que señala Blanco para distinguir un santuario de una casa vulgar, y que no se cumple en El Carambolo, es la singularidad de los ajuares que contenga. Podríamos integrar, si las hubiera, las espectaculares cerámicas simbólicas figuradas que vemos en otros lugares de aparente menor entidad, en Carmona (Belén et alii, 1997: 145; 2004:149), Montemolín (Chaves Tristán y Bandera Romero, 1993; 1995), Cabra (Blánquez, 2002: 39), Cerro

Macareno, Estepa, Lora del Río (Remesal, 1975)... Pero curiosamente en El Carambolo, el pretendido más importante santuario de occidente, no aparece ni un solo fragmento de ellas. Se ha aducido que la razón podría estar en que era un santuario que aplicaba las leyes estrictamente y no admitía representaciones figuradas, que era una religión con preferencias anicónicas, para evitar la idolatría en que podría caerse al confundir a la divinidad con su imagen (Escacena, 2023: 218). Pero sí se admite la posibilidad de que proceda de allí la imagen de la Astarté, porque no sería, se dice, una imagen de culto, sino un exvoto (Escacena, 2023: 469). Sorprende, en cualquier caso, para ser un templo tan estricto, que hasta un 20% de los huesos recogidos en su entorno sean de cerdo (Ramos, 2023:337). ¿Restos de ofrendas o comidas rituales? Los hermanos Macabeos se hubieran escandalizado (2º. Macabeos, 7, 1. 20-31).

Una característica de los lugares sagrados, que no apunta Blanco, pero sí Ruiz Mata (Ruiz Mata, 2023a: 579), y nosotros estamos de acuerdo, es su persistencia, su permanencia en un mismo lugar a lo largo del tiempo, característica que tampoco se cumple en El Carambolo. Y característica que implícitamente también reconoce Escacena al negar la posibilidad de que el santuario de El Carambolo fuese indígena, *porque de haber sido un centro frecuentado por los Turta, y de haberlos considerado estos un santuario propio, lo esperable habría sido su continuidad en época turdetana* (Escacena, 2018:36).

El palacio del Marqués del Saltillo, de Carmona, donde Belén encuentra los tres magníficos pithoi con escenas figuradas, no llega a considerarse templo, sino “complejo sagrado de naturaleza urbana” (Belén y Escacena, 1997: 107). Y tampoco Chaves y La Bandera a los restos de Montemolín, muros rectos sobre cabaña ovalada (Bandera Romero y otros, 1993).

Tampoco El Carambolo fue considerado inicialmente como santuario. Carriazo (1973:287) lo había rechazado expresamente, a pesar de reconocer que algunos objetos podían haber tenido un uso religioso o cultural. Blanco y Blázquez admitieron la posibilidad. Y Belén y Escacena (1997:112) fueron los primeros en hablar con cierta seguridad de su existencia, incluso de la existencia de sucesivos complejos religiosos superpuestos, en lo que consideraron “una propuesta atrevida”.

Lo que podemos considerar como plena aceptación y confirmación de esa atrevida propuesta vino después, tras las excavaciones de los años 2002-2005, y no como resultado de un hallazgo espectacular que todo lo clarificaba, sino de un sencillo hallazgo, que es el que en realidad ocasiona la nueva interpretación del poblado, el nuevo paradigma. Porque hasta bien avanzados los trabajos, hasta casi su finalización, los arqueólogos estaban convencidos

de estar excavando un poblado, cuyas casas iban marcando con distinto número, como es habitual, A-12, A-13, A-14... Eran casas vulgares, rectangulares, abiertas al Este, con muros comunes, pavimentos de arcilla roja, hogares exentos en el centro de la habitación, bancos corridos adosados a las paredes, todas muy homogéneas en su aspecto y en los ajuares que proporcionaban, similares, a grandes rasgos, a las que había encontrado Carriazo hacia medio siglo, aunque ahora mejor excavadas y distinguiendo netamente sus plantas por niveles.

Pero en determinado momento, ya al finalizar las excavaciones (Amores, 2010:408), quizá por las huellas que aparecían en el pavimento por debajo de él, los arqueólogos deciden eliminar el muro que separaba las casas A-13 y A-14, dos casas vulgares adosadas una a otra. Y se produce el milagro. Porque exactamente debajo del muro aparece lo que había sido el hogar de la casa anterior, y este hogar no era cuadrado o rectangular, como solía ser lo habitual, sino que se prolongaba, de manera ciertamente llamativa, por sus extremos en sentido longitudinal, hasta darle la convencional forma de lo que hasta entonces se conocía normalmente como de *keftiu* o de lingote de bronce chipriota, pero que ya Kukahn y Blanco (1959: 42) en alguna ocasión habían identificado con la piel de toro.

No se trataba, por tanto, de una forma nueva, de algo inédito que se viera por primera vez, sino de algo que ya conocíamos, y que en la Península había sido constatada en algunos monumentos notables, como el pavimento de guijarros de la tumba de Pozo Moro (Almagro Gorbea: 1983), sin relación por tanto con ningún santuario. En El Carambolo se identifica con la piel de este animal, el toro sagrado enviado al sacrificio, el toro celeste, el toro imagen de la divinidad, el toro que es la propia divinidad, Baal (Escacena, 2023:469, 475). Y siguen las deducciones: si aquello tiene forma de piel de toro sagrado, enviado al sacrificio, entonces no puede ser un hogar, tiene que ser un altar, es un indicador incuestionable, se dice, y la construcción no puede ser, por tanto, una casa vulgar, tiene que ser un templo, y el conjunto no puede ser un poblado sino un enorme santuario, uno de los complejos sacros fenicios mayores y mejor conocidos (Escacena, 2018:40; 2023b:213). El hogar convertido en altar marcaba la funcionalidad del edificio y de todo el conjunto de construcciones. Todo lo que se había dicho hasta entonces sobre el cerro era falso. Hasta el significado del tesoro, que ya no es un sencillo tesoro para adornar a un reyezuelo de tribu, sino que son las joyas que adornarían al toro sagrado y al sacerdote que lo iba a sacrificar. Y se monta todo un tinglado que nos deja admirados. Pues llega incluso a divinizarse al animal, como hemos

visto, y se puntualiza: su piel *es la piel de Dios* (Escacena, 2010: 122). Se diría que los arqueólogos han llegado, con ayuda del palustrín y la piqueta, al conocimiento de la Realidad divina, algo reservado a santos y sabios, a juicio de Huxley (1999: 69).

Y lo argumentan: *al destinarse al sacrificio, los animales en realidad encarnaban a la propia divinidad, lo que manifestaría un precedente efectivo de lo que más tarde será la eucaristía cristiana. El dogma de la época sostendría que los animales experimentaban una verdadera transubstanciación de su condición carnal, proceso por el que se convertían en la propia divinidad. Y los fieles y oferentes que asistían a la ceremonia, al consumirlo, alcanzaban la común-uniión de santidad con el dios. Por eso no es casual que en la tradición cristiana la institución de la eucaristía esté ligada al episodio de la muerte de Jesús. Los creyentes que toman el alimento en la reunión ingieren la carne y la sangre de la divinidad, recibiendo así sus características e incorporándolas a sus propios cuerpos* (Escacena y Amores 2011:135). Jesús de Nazaret habría venido con el tiempo a realizar el papel que siglos antes habían desempeñado los toros en El Carambolo.

El vistoso hogar de extremos prolongados había hecho cambiar, a instancias de sus asesores, la opinión de los arqueólogos. Y así lo declaran: *Sólo la aparición del altar en forma de piel de toro usado en los santuarios III y IV persuadió a los arqueólogos de encontrarse ante un centro de culto, su conversión a la causa* (Escacena, 2010: 130). Lo que había sido una casa y considerado por ellos como tal hasta entonces, se convertía de repente en un santuario. La clave la proporcionaba su semejanza con el hogar de una casa de Coria, encontrado hacía unos años y considerado altar por su forma, que empezó a llamarse en taurodermis (Escacena, 2010: 124).

Fechan la estancia en la que había aparecido el supuesto altar entre los siglos IX a VI, lo que quiere decir que todo el complejo por encima del nivel que ocupaba, es posterior al s. VI a.C., que sería cuando se construyera, justo por encima de él, el muro que dividía a la habitación para crear dos distintas, A13 y A14 (Escacena: 2010: 131), lo cual significaba que para entonces el santuario ya había cesado en sus actividades culturales para dar lugar a dos casas vulgares, con ajuares similares a los de las restantes casas. Habría estado en uso, por tanto, solo durante los siglos VIII y VII a.C., cesando en el VI, sin que se conozcan los motivos, y que no están relacionados desde luego con ningún acto violento ni con el abandono del cerro, que aún continuó su vida a lo largo, al menos, de ese siglo VI. Y cesó en plena actividad, sin necesidad de hecatombes ni enigmáticos incendios como los que vemos en Cancho Roano

(Celestino Pérez, 2022), Casas del Turuñuelo (Rodríguez González y Celestino Pérez, 2017) o en la posterior capilla de Capote (Berrocal, 1994: 271).

Las últimas excavaciones venían a confirmar, por tanto, la ya mencionada hipótesis esbozada unos años antes por Belén y Escacena que pensaban, en la línea de Blanco, que en El Carambolo no había existido nunca un poblado indígena, sino exclusivamente un santuario fenicio vinculado a la colonia *Spal*, la actual Sevilla (Belén y Escacena 1997: 109-114). La valoración por parte de Belén no dejaba dudas: *El Carambolo Bajo no fue un poblado tartésico, sino un santuario fenicio*. Y se decide la diosa a la que el santuario estuvo consagrado, Astarté, lo cual parecía de sentido común, pues era la diosa por excelencia de los fenicios y de ella se había encontrado la famosa imagen sedente en las inmediaciones del cerro poco después de que apareciera el tesoro, aunque sin ninguna relación aparente con él (Belén, 2001: 7; Fernández Gómez, 2011:53).

El altar de Coria que habría proporcionado la clave de la nueva interpretación podríamos decir que era aún más completo y elocuente que el de El Carambolo, porque se trataba en realidad de dos altares, dos aras, embutida una en otra, de manera que la más reciente aprovechaba la antigua y la renovaba, aunque se distinguía, en su color, lo nuevo de lo viejo, pero la explicación está, nos dicen, en que la forma y los colores del altar de Caura querían mostrar cómo se curaban las pieles: regularizados los contornos y reservada un área central que conservaba el pelo de la bestia, se procedía luego a rasurar la periferia, que mostraba así el tono pajizo (Escacena y Amores, 2011: 119). Y algún autor ensalza el valor de la piel curtida de esta manera como elemento apotropaico, que separa lo sagrado de lo profano, y es a la vez, dice, símbolo de eternidad que podría equipararse al del oro, al que llega a considerarse *materia divina, la propia carne de las divinidades* (Escacena, 2023b:229).

El santuario de Caura no había sido, por otra parte, obra de una vez, sino que se habría reconstruido hasta en cinco ocasiones entre los siglos VIII-VI, las mismas fechas que el de El Carambolo. El primer edificio se había orientado al sol naciente, como aquél, los posteriores habían perdido en parte esa disposición por diversas circunstancias urbanísticas, que no se explican. Y en determinado momento, el altar de Coria, como el de El Carambolo, se pierde, sin causa aparente tampoco que lo justifique. Aquí no se construye un muro que pase por encima, simplemente desaparece, y entonces se piensa que es que el santuario se ha trasladado de lugar sin dejar huella. Se observa, sin embargo, que el característico color rojo del supuesto santuario se extiende por todas partes. No se trata, por tanto, de un edificio exento, ni tampoco se

respetar la orientación, ni el rojo es color específico, ni hay ajuares determinantes, ni el santuario en sí es permanente. Pero el altar / hogar es en taurodermis y tiene que ser un santuario. Es lo determinante. Aunque los propios autores se van dando cuenta, al estudiarlo, que este tipo de altares son ya relativamente abundantes en la protohistoria meridional ibérica, por lo que dicen que caracterizan a centros de culto de carácter tanto rural como urbano (Escacena, 2013: 153). Y algunos hallazgos recientes parecen sembrar dudas incluso sobre su finalidad, pues en Casas del Turuñuelo han sido localizados tres, uno de grandes dimensiones y dos de menor tamaño. Pero curiosamente los restos de cenizas y conchas documentados en estos dos últimos, así como su relación con la celebración de un banquete en la estancia en la que se localizan, parecen marcar una funcionalidad más de hogar que de altar, aunque mantengan la forma de piel de bóvido (Rodríguez González, 2023: 251). No creen, por tanto, sus autores que las actividades religiosas fueran las únicas que se llevaran a cabo en ese monumental edificio ni sobre ese sagrado altar, si es que alguna vez se celebraron, porque puede llamar a engaño, dicen, la imagen que tenemos de él a través de su momento final, el que ha llegado hasta nosotros, el que provocó su destrucción y enterramiento (Rodríguez y Celestino, 2017: 192).

Se considera decisivo en Coria para determinar que se trata de un altar no solo su forma en taurodermis sino también la presencia del *focus*, pero *focus* muestran todos los hogares que se han usado normalmente en cualquier parte, pues, como se usan, se queman y ennegrecen, se gastan y deterioran, y es preciso renovarlos periódicamente si no queremos perderlos. En Coria vemos que estas renovaciones se llevan a cabo hasta en cinco ocasiones. Y en ellas está, a nuestro parecer, la razón de las dos supuestas aras embutidas entre sí: un simple hogar antiguo acaba desmoronándose por sus bordes a causa del uso y la erosión. Y sus usuarios lo que hacen simplemente es consolidar lo que queda, dejándolo en el centro, y reconstruyéndolo, dándole de nuevo la forma original, aquí apenas insinuada, de piel curtida, si así se quiere interpretar. En el hogar se distingue con toda claridad lo que es nuevo de lo viejo, el centro ya muy quemado y ennegrecido por el uso mientras los bordes, lo nuevo, queda de color más claro. Y a esta diferencia de color también se le busca una explicación teológica.

En uno de los lados menores del altar de Coria se añadió, al construirlo, un pequeño pocillo delimitado por un cordón del mismo barro pajizo, sobre el cual creen que se llevarían a cabo las ceremonias sacrificiales. Esa cubeta podría haber correspondido, dicen, al receptáculo destinado a recoger la sangre de la víctima. Pero en una de las renovaciones de que hemos hablado, se

echó una nueva capa de arcilla bermeja que ocultó la protuberancia para siempre (Escacena y Amores, 2011:118), lo que nos hace pensar que no se trataba de algo esencial ni en el rito ni en la estructura.

A nosotros nos llama, sin embargo, la atención la presencia en Caura de ese “pocillo” junto al altar. Y, descartado que se trate de un receptáculo para recoger la sangre de las supuestas víctimas, que consideramos una simple ocurrencia, nos preguntamos si no ejercería la misma función que el famoso pilar o mesa de adobes que descubrió Carriazo y del que nos hablan los excavadores de El Carambolo (Belén y Escacena, 1997: 112; Escacena, 2018: 42). Aquí, efectivamente, en el extremo noreste del supuesto altar, se observó la presencia de una pequeña oquedad circular, formada por un pequeño adobe rehundido (Fernández y Rodríguez 2007: 120), que se piensa pudo haber servido para colocar en ella una *asherah*, árbol de la vida, que se ha querido ver también en uno de los componentes de la diadema del tesoro de Eborá (Gómez Peña, 2018:79), y que hemos visto gráficamente reconstruida en algunas ocasiones (VV.AA., 2009: 63). Y nos hemos preguntado si no podrían interpretarse así los pivotes que se alzan a la cabecera de algunos hogares en las casas del poblado de la Edad del Hierro de El Raso de Candeleda (Fernández Gómez, 1986: 344, 349, 485; 2011: 375; Fernández Gómez y Buero Martínez, 2010:98). En el santuario de Hércules/Melkart de Tas Silg, en la isla de Malta, se hallaron dos cipos o “candelabros” en forma de tronco de cono, y lo fechan en los inicios del s. II a.C. (Amadasi, 2010:467), fecha que viene a coincidir con la de los hogares de El Raso de Candeleda.

Se quiere demostrar que estos altares en taurodermis imitaban realmente una piel de toro buscándoles paralelos que se consideran adecuados para reforzar sus argumentos. Y se encuentran algunos que, a nuestro juicio, nada prueban. Así, su presencia en un relieve asirio en el que un jinete, que fustiga su caballo para hacerlo correr a galope tendido, lo utiliza a modo de silla de montar (Escacena y Amores, 2011: fig. 11), como se observa también en un pequeño bronce de Cancho Roano con la representación de un sencillo caballo, pero este al paso y sin jinete. Allí están, pero ¿qué prueban?

Y el tema habría de perdurar, a juicio de los autores, durante muchos siglos, ya que daría origen incluso a la figura del Pantocrator cristiano, cuya iconografía se limita básicamente a la imagen de *Jesucristo como Dios salvador dentro del fuego oval del altar* (Escacena, 2007: 7), lo que consideramos fuera de lugar.

Se admite la posibilidad de que no se trate de una piel de toro, que pueda ser de cualquier otro animal, quizá una oveja, puesto que *no es toro todo*

lo que reluce (Gómez Peña, 2012-13: 28). Como en la pizarra de Cástulo, en la que vemos que el jinete se asienta sobre una piel de pantera que cubre toda la montura (Blanco Freijeiro, 1996: 450).

Otro detalle a favor de la consideración del complejo de El Carambolo como santuario es la presencia de un ciertamente llamativo pavimento de conchas, como se había hallado en La Rebanadilla, donde aparece en uno de los edificios que se fechan a fines del s. IX a.C. (Ruiz Mata, 2023: 483). El pavimento de El Carambolo conducía, al parecer, hacia el santuario, formando como una amplia avenida alfombrada, lo que debió de representar, se dice, un alto coste, pero el gasto se justifica, pues ya es conocido que el *mantenimiento constante de acciones gravosas es una característica propia de la religión...* (Escacena y Amores, 2011: 114). Habría sido una especie de nártex apotropáico y que preservaba la santidad de las capillas, librándolas de la penetración del Maligno (Escacena y Vázquez 2009), de las influencias y acciones diabólicas (Escacena y García, 2012: 783). Aunque en otras ocasiones se justifica su presencia por razones menos espirituales, ya que se debería a la semejanza de las conchas con la vulva de la mujer, elemento apetecible para el diablo que se entretenía a la puerta del templo mirándolas lascivamente (Escacena, 2023: 232; 2023b: 478). A la puerta del supuesto templo primitivo, cubriendo sus escalones, habrían estado también en El Carambolo (Escacena, 2005: 8), aunque Ruiz Mata las encuentra en El Castillo de Doña Blanca a la entrada de casas corrientes. Y pavimentos de conchas, *cuidadosamente colocadas*, había encontrado también Carriazo en diversos lugares en sus excavaciones, pero nunca pensó que pudiera estar en los accesos a un templo, sino en la cocina o el lavadero de una de las casas que creía estar excavando (Carriazo, 1969: 313 y 321). Algo similar a lo que sucedía en el interior de la cabaña de Campillo, en el Puerto de Santa María, donde una mampara separaba la cocina de una pequeña estancia para el descanso que *un pavimento de conchas aislaba de la humedad del suelo* (Belén, 2000: 98). Y, como sucede con los altares en taurodermis, pavimentos de conchas se van documentando en numerosos yacimientos protohistóricos del mediodía peninsular (Escacena, 2010: 136), por lo que nada autoriza a que podamos considerar los ámbitos que ocupan, o a los que acompañan, ni como santuarios ni como recintos religiosos. López Amador, que las ha constatado en Campillo, y que las observa también en Pocito Chico y en La Marismilla, sostiene que *la construcción de suelos de conchas en la zona es tradicional* (López Amador y otros, 1996:46). En Rabadanes, donde coexistían chozas circulares de los indígenas con casas de muros rectos, también aparecían las conchas apotropáicas, pero ni siquiera para entrar

en una casa de los colonizadores sino en una sencilla cabaña indígena, abierta al Este (Pellicer y Escacena, 2007: 10). ¿Otro santuario? Podemos admitir, no obstante, por su difusión y su ubicación en determinados lugares, el carácter apotropaico de las conchas en algunas ocasiones, cuando se trate sobre todo de las de tipo *glycymeris* y haber sido recogidas con ese fin. Pero también pueden ser desechos de comida, como hemos visto en Casas de Turuñuelo y como Bernáldez (2010:378) nos dice pudieron haber sido incluso las de El Carambolo, fijándose en sus características. En cualquier caso no resultarían pavimentos tan caros como se pretende (Escacena, 2018:62), pues podían ser recogidas libremente al borde del mar, fuese para utilizarlas como alimento o como pavimento, profano o sagrado.

A propósito de la orientación de la cabaña de Rabadanes y otros recintos, de los muros hallados en El Cerro de la Cabeza, de Santiponce, se nos dice que guardaban la misma disposición NE.-SO. que los de El Carambolo, a lo que se da un significado religioso (García Fernández, 2023:496). Pero es la orientación más normal en nuestra tierra, evitando los vientos cálidos del Sur y los fríos del Norte. Lo extraordinario hubiera sido que las casas abrieran sus puertas a cualquiera de estos puntos. Como es normal la presencia de bancos corridos adosados a los muros, frente a los hogares, que estos estén exentos en el centro de las habitaciones que ocupan y que los pavimentos estén pintados de rojo. Se explica incluso un detalle que parece sin importancia, pero que la tiene, aunque pase desapercibido. Es el hecho de que las supuestas capillas de El Carambolo no sean estrictamente rectangulares, sino ligeramente trapezoidales. Pensamos que no es por *exigencias del culto*, como se aduce (Escacena, 2018:36), sino para mejor adaptarse con la casa anexa al círculo del cerro y facilitar la disposición en abanico a un mismo nivel de las construcciones (Escacena, 2018: 43), razón por la que tampoco se ocupa la cumbre, que no es probablemente por mejor ver salir el sol, como se afirma, sino porque a su alrededor se distribuían mejor las casas. De haber sido un templo exento hubiera ocupado sin duda la cumbre. También es normal la presencia en las casas de algún objeto de culto o de significado religioso en los ajuares, sean barcas celestes o betilos, que ni son Dios ni participan de la esencia divina como se pretende (Escacena, 2023: 474), sino eso, betilos, simples piedras u objetos que nos hacen recordar su presencia. Como sucedería si algún día excavaran nuestras casas actuales. Y así eran las casas entonces, aunque ahora queramos sublimarlas y elevarlas a la categoría de templo o santuario.

Un elemento que se ha querido esgrimir para confirmar el carácter de santuario de las construcciones de El Carambolo IV es el hallazgo, aunque

no en las consideradas capillas, de fragmentos de una barca sagrada del tipo fenicio, el denominado *hippos* (Escacena, 2010: 131), como ofrenda votiva a la divinidad. Sería la barca, a juicio de Escacena, con la que los dioses realizaban sus desplazamientos por la faz acuática de la bóveda celeste (Escacena, 2013:162), una representación del barco astral, confirman los arqueólogos (Escacena, Fernández y Rodríguez, 2007: 5-28), porque cada dios necesita su barca sagrada (Escacena, 2023b:215). Jiménez Ávila (2022) ha puesto en duda que se trate de una barca votiva, sugiriendo que pudiera tratarse de la parte superior de una copa adornada con los *hippoi*, como los barcos fenicios. Se trataría, en cualquier caso, de un posible elemento votivo o cultural. La presencia, además, de perforaciones junto a la borda parecen avalar la hipótesis de que se trate realmente de una barca votiva.

Empeñados en ver santuarios donde otros no vemos más que simples casas con algunos objetos culturales, a todo se le quiere dar una explicación simbólica de significado religioso. Y hasta un grafito rayado toscamente a mano sobre la superficie de un cuenco de cerámica hallado en Coria, que para Javier de Hoz no pasaría de ser la inicial de un nombre propio (Hoz, 2023: 301), como señal de propiedad o de uso, para Escacena es la representación de un nudo protector del contenido de la vasija en el sentido que dice la Biblia (2023b: 234).

Analizadas, pues, las excavaciones, pasemos a fijarnos en cada uno de los pilares del que los arqueólogos llaman el nuevo paradigma a que aquellas han dado lugar, el fondo de cabaña, la cerámica tipo Carambolo y las joyas del tesoro.

El fondo de cabaña

Es el primer pilar del nuevo paradigma. A él nos hemos referido más arriba al hablar de las excavaciones de Carriazo. Ahora se dice de la cabaña *que nunca lo fue*, que lo que él interpretó como tal, no era en realidad más que un gran basurero al que irían a parar los más lujosos elementos amortizados en el uso del santuario (Escacena, 2010: 104), una fosa ritual a la que habrían arrojado los restos de las ofrendas y los elementos litúrgicos inservibles de las ceremonias que en él tuvieran lugar. Y desde su nivel más profundo documentan la presencia de cerámica a torno, pudiendo datarse el estrato inferior, dicen, en torno a la primera mitad del siglo VIII a.C., concretamente entre 791 y 506 a.C. (Fernández Flores y Rodríguez Azogue, 2010: 257-8).

Resultaba que aquella cabaña de la que nos había hablado Carriazo, en la que había sido enterrado el tesoro, y en cuyo nivel inferior había observa-

do la presencia de materiales indígenas preferenciales, nos decían ahora que no había existido nunca. Y se negaba su existencia con rotundidad: “La cabaña que nunca lo fue” (Escacena, 2010: 104). Pero si no fue un fondo de cabaña lo que Carriazo excavó en El Carambolo, tenemos que pensar que tampoco lo fueran los fondos de cabaña de la cumbre del cerro que encontraron los nuevos excavadores (Fernández Flores y Rodríguez Azogue, 2005, 2007), ni los que existen por doquier, tantos como para que los mismos autores les pongan de testimonio en ocasiones para probar la coexistencia de los indígenas con los foráneos, que desde un principio utilizan casas de muros rectos (Escacena y García, 2012: 775). ¿Serían también hoyos para recoger basuras todos los constatados en El Jardín de Alá, de Salteras? (García Fernández, 2023:489). Se dice en ocasiones que si no se observan restos de hoyos de postes no puede pensarse en cabaña. Pero nos negamos a admitirlo. Como nos negamos a admitir que las gentes de nuestra prehistoria se molestaran en hacer tantos hoyos para tapar sus basuras, con una mentalidad ecológica propia de nuestros días. Las basuras, en los ambientes rurales, siempre se han arrojado al campo, que podía ser el mismo corral de la casa, y allí terminaban con ella los animales, los carroñeros y los domésticos. Si aquellos indígenas hicieron hoyos fue buscando alguna utilidad práctica, como cabaña, como silo, como horno, como fosa para enterrar, fuera un muerto, un tesoro, o cosas que no queremos que se profanaran, pero no se nos ocurre pensar que enterraran basuras. Admitimos la existencia de los llamados botros (Belén, 2000:72), pero nos negamos a admitir que lo sea la cabaña de El Carambolo, una cabaña que su excavador consideró además evidente que se trataba de una vivienda, y cuyo relleno era absolutamente vulgar.

Maluquer estudia y dibuja la estratigrafía del supuesto basurero, y ve que hay cuatro niveles de ocupación muy claros. Y detalla, con Carriazo, el contenido de cada uno de los niveles, contenidos perfectamente coherentes, sin especial significado religioso en su inmensa mayoría, a excepción de las cerámicas de tipo Carambolo, si queremos darles ese significado, del nivel inferior. Y en ese relleno de basuras de la cabaña se distingue perfectamente el hoyo que, cuando el fondo ya estaba colmatado, excavan quienes entierran el tesoro, lo que probablemente hacen allí porque era más sencillo hacerlo en un relleno de basuras, que en otro lugar de tierra natural, en un nivel geológico. Y también, quizá, porque nadie iba a pensar que en un relleno de basuras fuera nadie a esconder un tesoro, si es que en superficie podía distinguirse de alguna manera.

Es algo, sin embargo, que a los nuevos excavadores no parece gustarles en exceso, en su empeño por realzar el papel de los fenicios en la formación de la cultura tartésica, y aunque admiten que en el cerro, antes de llegar los colonizadores, hubo un *pobladillo* indígena (Escacena, 2018: 35), dicen que aquello fue hace mucho tiempo, que son restos prehistóricos muy anteriores, que *no implica que hubiese allí una comunidad indígena en el momento inaugural del santuario religioso* (Escacena y Amores, 2011: 112). Aunque las fechas que aducen, no están tan separadas, pues admiten un Carambolo pretartésico, para indicar prefenicio, que fechan en el Bronce Medio, entre 1400-1100 a.C., pero advierten, por si acaso, que desconectado del santuario (Escacena, 2010: 138), pues dicen tratarse de un conjunto de fosas, de plantas circulares y secciones troncocónicas o hemisféricas invertidas, con sus rellenos, entre los que se observa la presencia de cerámicas campaniformes (Fernández Flores y Rodríguez Azogue, 2010: 214) y de una punta de flecha de tipo Palmela (Hunt y otros, 2010:338). Y no resulta fácil de explicar que se feche en torno a la primera mitad del siglo VIII a.C. el nivel más profundo del fondo de cabaña (Fernández Flores y Rodríguez Azogue: 2010: 257) y la construcción del santuario más antiguo entre 1020 y 810, cuando aquel está motivado, según dicen, por la actividad de este, como foso para recoger las basuras procedentes de sus actividades religiosas.

La cerámica tipo Carambolo

Carriazo, aun sin ser arqueólogo, pareció ser consciente desde un principio de que aquellos fragmentos de cerámica que estaba sacando del fondo de cabaña, como la seguiremos llamando, pertenecían a la enigmática cultura tartésica. Y, con visión arqueológica, consideró que *la máxima joya del yacimiento* (Carriazo, 1969: 318) no era ninguna pieza del tesoro, como parecería lógico y a primera vista podría pensarse, sino aquella cerámica, realizada a torno lento, como dijo, a torneta se ha dicho más recientemente (Buero y Fernández, 2010: 53), y decorada con motivos geométricos pintados de rojo que hoy todos conocemos ya como de tipo Carambolo, pues a partir de entonces identifica perfectamente como tartésico cualquier yacimiento en el que pueda aparecer.

Dice Carriazo que encuentra esta cerámica principalmente en el nivel inferior del fondo de cabaña, allí donde no hay todavía cerámica a torno que delate la presencia de colonizadores. Y junto a estas cerámicas pintadas recoge las de retícula bruñida, las grabadas con motivos incisos y otras cerámicas a mano que considera de tradición eneolítica; cerámicas a torno, muy pocas,

dice, y en el nivel superior, anunciando ya la Edad del Hierro (Carriazo, 1973: 477). Son observaciones que, aunque escritas, ahora se quieren poner en duda para demostrar que las cerámicas de tipo Carambolo son en realidad un producto híbrido, pues fueron realizadas por los indígenas bajo la influencia de los colonizadores (Ferrer y Hunt, 2023:260). Pero hay testimonios que lo desmienten, pues a veces las encontramos solas, como las encontró Carriazo en el nivel inferior del fondo de cabaña, y en una excavación que, consciente de que estaba descubriendo materiales que podían identificarse por primera vez con la cultura tartésica, dice haber llevado a cabo con la delicadeza de una autopsia, *con la meticulosidad de una preparación anatómica* (Carriazo, 1973: 353).

Y lo que encuentra Carriazo en el fondo de cabaña no es un caso único. Nosotros tuvimos oportunidad de excavar otro fondo de cabaña, localizado no lejos de El Carambolo, aunque al otro lado del Guadalquivir, en lo que fue desembocadura del Guadaira, actuales terrenos de la Universidad Pablo de Olavide y que en su día pertenecieron a la Universidad Laboral. Allí excavamos hace años otro fondo de cabaña similar al de El Carambolo (Buero y Fernández, 2010). Tampoco pudimos conocer sus límites, pues habían sido eliminados por las máquinas de la gravera que trabajaban en la zona y lo habían convertido en un cerro, ni detectamos huellas de postes, pero sí pudimos analizar su relleno, y en él quedaban perfectamente definidos, sin posibilidad de error, cuatro niveles arqueológicos, los mismos que en la cabaña de El Carambolo, pero muy distintos en su contenido, pues el superior se trataba de tierras revueltas, desechos procedentes del trabajo de la gravera, el segundo nivel era claramente turdetano, el tercero, potente, absolutamente estéril, y el cuarto, perfectamente sellado por el estéril, contenía numerosas cerámicas de la Edad del Bronce Final, entre ellas un considerable número de fragmentos de cerámicas de tipo Carambolo y de las contemporáneas y más frecuentes de retícula bruñida. No cabía duda de que las gentes que habían utilizado aquel fondo de cabaña no habían tenido ningún contacto con los colonizadores, a pesar de su situación, al borde sin duda de lo que en su día fueran orillas del mar tartésico, y curiosamente a un nivel semejante al que años antes apareciera la Astarté de El Carambolo (Fernández Gómez, 2011), lo cual parecía autorizarnos a poner a esta figurita más en relación con esa orilla del mar que con el presunto santuario de la cumbre del cerro.

Se sigue defendiendo, a pesar de todo, que fue la convivencia entre indígenas y fenicios la que provocó la aparición de productos como estas cerámicas de tipo Carambolo y las decoradas con motivos figurados, las llama-

das simbólicas, todas las cuales serían, por tanto, productos híbridos (Ferrer y Hunt, 2023: 260-1). Aquellas serían manifestación del gusto generalizado en la época por todo el Mediterráneo por los motivos geométricos, presente también en las cerámicas grabadas contemporáneas. Las simbólicas tratarían, por su parte, de imitar producciones griegas. Es posible. Pero pensamos que nada tienen que ver las cerámicas grabadas o las de tipo Carambolo, realizadas siempre a mano o torneta, y decoradas con motivos geométricos incisos o pintados, puramente indígenas, con las simbólicas, realizadas a torno, en esbeltas vasijas monumentales y decoradas con herméticos mensajes figurados que indudablemente vienen de Oriente. Son obra, sin duda, de distintos alfareros, en distintos talleres, que emplean diferentes pastas y pigmentos, utilizan distintas técnicas y cuecen sus vasijas en diferentes hornos. Y si nos podemos imaginar a ceramistas indígenas realizando, de la mano de los colonizadores, vasijas decoradas con motivos simbólicos, nos cuesta admitir a ceramistas fenicios haciendo cerámicas de tipo Carambolo decoradas con motivos geométricos.

No negamos la posibilidad de que la inspiración para la factura de estas decoraciones geométricas imperantes por entonces en todo el Mediterráneo pudiera llegar hasta los indígenas desde Oriente, a través de los motivos con que los colonizadores adornaran los barcos en los que vinieran o los textiles que trajeran con ellos o con los que se vistieran.

Pero hemos pensado también, como pensaba Carriazo, que no se puede olvidar la probable influencia de los motivos del mundo campaniforme, con el que seguramente los tartesios no tuvieron ningún contacto personal, al no coincidir en el tiempo, pero cuyos productos indudablemente conocieron, como inmediatos predecesores suyos que habían sido en la ocupación del terreno. Y a un centenar de metros de donde nosotros hallamos el fondo de cabaña tartésico, encontramos otro con solo cerámica campaniforme (Fernández Gómez y Alonso de la Sierra, 1985: 7), que ha proporcionado una fecha sumamente baja, 1240 a.C., fecha que no tratamos que sea aceptada, pero que nos sirve, en cualquier caso, para asegurar que si no se conocieron entre sí aquellas gentes, como se preocupan bien de advertir los excavadores de El Carambolo (Escacena y Amores, 2011:112), los tartesios conocieron con absoluta seguridad los productos materiales campaniformes. Algo similar, por otra parte, a lo que ocurría en El Carambolo y en el Cerro de San Juan, de Coria del Río, que también ofrecieron cerámicas campaniformes. Y es curioso constatar que muchos de los cerros ocupados por los tartesios habían estado antes ocupados por esos campaniformes. No encontramos, ciertamente, materiales que nos autoricen a pensar que ambos grupos llegaron a convivir, pero lo que sí pode-

mos asegurar es que el espacio temporal que separa a unas cabañas de otras son, como mucho, 200 o 300 años, y que, en cualquier caso, lo que es indudable es que los tartesios conocieron los productos campaniformes, pues los hallarían sobre el terreno, como los hallamos ahora nosotros, pero de manera más abundante, como es lógico, y quizá hasta en materiales perecederos que no han llegado hasta nuestros días. Y, si nos dejáramos llevar por la euforia, aún llegaríamos más lejos y pensar si no podrían haberse inspirado incluso en las cerámicas pintadas de época calcolítica que encontramos en Valencina de la Concepción, tan similares en muchos aspectos a las de tipo Carambolo, con sus pastas relativamente finas, sus superficies tan bien tratadas, sus engobes claros y sus pinturas de tonos oscuros diseñando motivos geométricos (Murillo Díaz y Fernández Gómez, 2008: 299). Allí tenían precedentes también los diseños en retícula bruñida tan típicos del Bronce Final. Somos conscientes de la distancia cronológica que separa a unas cerámicas de otras, pero también de que sobre el terreno que pisaban, los tartesios las tenían (Fernández Gómez y Murillo Díaz, 2009: 45).

No lo afirmamos, por tanto, pero tampoco negamos la posibilidad de una perduración residual en el Bajo Guadalquivir de la cultura campaniforme, como sugieren también algunas cerámicas de El Acebuchal, aunque somos conscientes del sarpullido que levanta a veces el fantasma de la perduración, sustantivo especialmente dañino, se dice, en la disciplina arqueológica (Escacena, 2010: 120), pero que existe, y el propio autor que la denigra la utiliza como argumento en esas mismas páginas (Escacena, 2010:121; 2023b: 234).

Nos dicen Fernández y Rodríguez (2010: 257) que, como ya observó Carriazo (1973: 234), desde los estratos inferiores se documenta la presencia de cerámica a torno. Y Escacena asegura que *excavación tras excavación vuelven a aparecer datos que colocan siempre a la cerámica pintada de tipo Carambolo solo a partir de los momentos más viejos de la presencia fenicia* (Escacena, 2010: 121). Pero no es cierto que Carriazo diga eso, sino todo lo contrario. Dice que *las cerámicas a torno las encontramos en los dos niveles superiores del fondo de cabaña, mientras faltaban en el estrato inferior*; el IV (Carriazo, 1973: 490). En el nivel III sí están representadas todas las especies cerámicas de El Carambolo (o.c., 234). Y estamos seguros de que ninguno de los tres miente ni se confunde. Lo que queda claro es que Carriazo llegó a niveles más antiguos que Fernández y Rodríguez, a niveles de cuando no había cerámica a torno, previos a la llegada de los fenicios. Podemos admitir, por tanto, la afirmación de Escacena, pero matizándola: la cerámica tipo Carambolo la encontramos solo a partir de los momentos más viejos de la presencia fenicia, pero ya existía con anterioridad, y esos son los restos que

encontró Carriazo en el fondo de cabaña y los que encontramos nosotros en la Universidad Laboral.

Lo mismo aprecia Ruiz Mata en las estratigrafías del Castillo de Doña Blanca y entre los enterramientos del túmulo 1 de la necrópolis de Las Cumbres, que corresponde a aquel poblado. Las cerámicas Guadalquivir I, como llama a las de tipo Carambolo, se han encontrado asociadas, dice, a materiales del Bronce Final, anteriores a la presencia fenicia en el lugar, y faltan por completo en los estratos más antiguos de Doña Blanca, que se datan en la primera mitad del siglo VIII a. C. Resultados parecidos a los que proporciona el poblado de San Bartolomé, en Almonte (Huelva), en donde los únicos fragmentos de cerámicas tipo Carambolo proceden del fondo XXXII-XXXIII, cuyo material es del Bronce Final prefenicio. Algo similar a lo que se había observado en el Cabezo de San Pedro (Ruiz Mata, 2023a:238; 2023b:104).

Si es un producto híbrido, como sostienen Ferrer y Hunt (2023: 260), ¿por qué no aparecen nunca vasos a torno con esa o parecida decoración? ¿Y por qué son tan escasos en el Poblado Bajo, donde Carriazo dice que halló *apenas tres fragmentos* entre los millares recogidos (Carriazo, 1969: 324). ¿Por qué dejaron de producirse al llegar los fenicios si fueron ellos los que las trajeron?

La finalidad de las joyas

Era el tercer pilar del nuevo paradigma, en el que Carriazo queda arqueológicamente desautorizado por los últimos excavadores. Nada de lo que él dijo tiene ya fundamento. Es lo que viene a reconocerse cuando categóricamente se afirma que *la consecuencia más profunda de toda esta verdadera transmutación de El Carambolo ha sido que toda la información arqueológica obtenida en dicho enclave, tenida durante cinco décadas como la más genuina guía de lo que habría caracterizado a la cultura material tartésica, ha quedado drásticamente negada* (Escacena, 2010:100), sin fundamento (Fernández Flores y Rodríguez Azogue, 2010: 263). Solo los empecinados, los que no han sido capaces de cambiar sus mentes, no admitirán la nueva interpretación (Escacena, 2010: 101). Y entre ellos, no sentimos vergüenza en confesarlo, sino todo lo contrario, nos encontramos. Por eso hemos querido dedicar este trabajo a reivindicar la memoria del recordado profesor y colega y sus trabajos sobre la cultura tartésica, pioneros y tan importantes en muchos aspectos, que los nuevos descubrimientos podrán, sin duda matizar, enriquecer y completar, pero de ninguna manera ensombrecer y, mucho menos, hacer olvidar.

Y es que aún quedaban a los nuevos excavadores de El Carambolo cosas importantes por decir. Aún quedaba por abrir la *caja de las sorpresas*. Cuanto se había dicho sobre el supuesto santuario y sus altares en taurodermis y las cerámicas tipo Carambolo no era todo. Lo importante, lo auténticamente revolucionario, venía ahora. Y hasta se comunica a la prensa y la prensa local lo recoge a toda página: “El tesoro de El Carambolo ya no es tartésico, es fenicio”, y las joyas no habían sido para un rey sino para un sacerdote sacrificador y para el buey que iba a ser sacrificado. “*El tesoro dejaba de ser lujoso atuendo de un monarca para convertirse en ropaje sagrado de unos bóvidos*” (Escacena y Amores, 2011: 110). Se trata de un hallazgo histórico (El Mundo, 29.IX.2008). Podemos ver ahora, dicen los arqueólogos, objetos sagrados donde antes solo percibíamos ricas alhajas de un rey (Escacena y Amores, 2011: 107).

Un cambio radical de la función del tesoro, que de joyas reales pasaban a ser atalaje para engalanar los toros, vacas o bueyes, que de todo se habla (Escacena, 2006: 142), destinados al sacrificio, y atuendo litúrgico del sacerdote o *resucitador de la divinidad* encargado del correspondiente rito (Amores y Escacena 2003:41), como ajuar de consagración (Escacena y Amores 2011: 107; Escacena, 2023b: 230). Sin poder olvidar que en ocasiones se admite, por la presencia en los ajuares de cuchillos de hierro afalcatados, e ignoramos la relación directa, que el encargado del rito pudiera ser una mujer, y, a juzgar por la cantidad de cuchillos hallados en los ajuares de las tumbas femeninas de La Angorrilla, su número podía equipararse al de hombres (Delgado, 2023a:231,233; 2023b:187).

El poblado del Cerro, considerado tartésico por Carriazo, se había convertido, en virtud de los resultados aportados por las nuevas excavaciones, que habían jubulado la polémica a la que ya sólo se agarraban, dicen sus excavadores, *ciertos nostálgicos del paradigma tradicional que interpretaba el mundo tartésico como un rico complejo local influido culturalmente por la colonización fenicia* (Escacena, 2013: 160). Y es, ciertamente, lo que nosotros, con algunas matizaciones, seguimos creyendo. Y la hibridación que nos negábamos a admitir en lo relacionado con las cerámicas tipo Carambolo, la defendemos ahora en el caso de las joyas tartésicas. Y no somos los únicos que la defendemos.

A todos parece claro que el tesoro de El Carambolo es, a excepción del collar, una obra de arte salida en su conjunto de talleres tartésicos, en la que confluyen dos ámbitos tecnológicos distintos, uno foráneo, mediterráneo, y otro autóctono, de raíz atlántica, con raíces en el Bronce Final. Así lo evi-

dencia su análisis tecnológico (Bandera, 2004; Ferrer y Hunt, 2023: 265), que ejemplifica perfectamente la esencia de la cultura tartésica, al integrarse armónicamente una influencia oriental con el sustrato indígena, lo que dará como resultado un horizonte cultural nuevo de gran originalidad (Miguel Naranjo, 2016: 302, 310).

El collar se admite por todos que puede ser una joya traída de fuera, quizá de Chipre, no se discute. Pero sí el número de sellos que le acompañan. Ahora se habla de él como si tuviera siete, para aprovechar las virtudes mágicas del mítico número, pues *el collar de los siete sellos era uno de los emblemas fundamentales del clero semita antiguo... Que fueran solo siete sellos facilitaría su relación con el mundo oriental..., como símbolo de totalidad y perfección... El sello como garante del hermetismo de los secretos divinos, solo conocidos por los sacerdotes...* (Escacena y Amores 2011: 63, 116 y 122). Pero el collar no tiene en realidad siete sellos, sino ocho, aunque falta uno, perdido desde no sabemos cuándo, y ahí están sueltos los dos cabos que le sujetaban. Se soslaya el problema diciendo que esos cabos sobrantes podrían constituir los remates del cordón principal, e insisten en mantener el número de 7, aunque no lo entendamos, porque también el 8 pudo tener para los fenicios algún valor simbólico, pues ocho son las placas de cinturón de cada uno de los juegos del tesoro, y ocho los pétalos de las rosetas que aparecen como motivo principal en algunas joyas fenicias de Cádiz (Perea, 1989:63) y en algunas cerámicas simbólicas (Belén y otros, 1997: 152), que algunos consideran tartésicas precisamente por el hecho de ser octopétalas (Blanco González y otros, 2023: 694), lo mismo que las rosetas de la bandeja de bronce de El Gandul (Fernández Gómez, 1989: 199), que de vulgar bandeja ha pasado a ser ahora un altar portátil taurodermiforme, como el ejemplar de La Joya (Escacena, 2023b:228). Y ocho puntas tiene la estrella de la diosa Istar en el kudurru del museo Británico, junto al sol y la luna, y ocho son los radios de las estrellas de algunas monedas de la ceca de Malaka. ¿Por qué no pudieron ser ocho los sellos del collar?

Las restantes piezas del tesoro se admite que, tartesias o fenicias, podrían haber sido realizadas en talleres locales. Pero se les asignan funciones muy distintas de las que les había atribuido Carriazo.

Los pectorales dejaban de serlo, porque F. Amores y yo, dice Escacena (2010: 123), *hemos propuesto denominar a estas dos joyas frontiles, en atención al nuevo papel que les hemos adjudicado*, que es el de adornar, con su perfil en taurodermis, las testuces de los bueyes destinados al sacrificio como ofrenda a los dioses. Se conocían hasta ahora como “pectorales” en razón de

la primera función que se les había atribuido, nos dicen, pero no hay imágenes en el mundo antiguo que apoyen ese papel. En cambio, sí existen piezas escultóricas en piedra de toros con frontiles. Y si antes se habían buscado paralelos de los supuestos altares taurodémicos hasta en las iglesias medievales, ahora se buscan paralelos para los frontiles (Escacena y Amores, 2011:131-2), nombre usado en algunas romerías españolas para el atalaje que adorna las cabezas de los bóvidos que participan en ellas (Amores y Escacena 2003: 20). Se encuentran en esculturas ibéricas procedentes de Villajoyosa y Monforte del Cid, en España, Lattes, en Francia, y Cartago. Y se da una explicación al hecho de quedar las joyas rematadas en sus bordes en tubos dobles: *suponen una evidente alusión a que el animal cuya piel extendida se emula, es de doble pezuña* (Escacena y Amores, 2011: 119). Álvaro López Peña (2012-13: 27) da todavía un paso más allá y dice que los nuevos frontiles taurodémicos *actuarían como símbolo que purificaría los pensamientos del animal* que iba a servir de ofrenda holocaustica. Y nos parece excesivo.

No sabemos si de manera inconsciente, se acude a la Biblia para fundamentar las nuevas funciones que se dan a las joyas, pues el Éxodo (28,4) indica cómo deberán presentarse ante el altar los sacerdotes encargados de los sacrificios para ir *“revestidos como Dios manda”*. Y el libro sagrado dice: *“Harás, pues, a Aarón tu hermano ornamentos sacerdotales que le den majestad y esplendor... el pectoral, el efod, el manto, la túnica de malla, la tiara y el cinturón. Estas serán las vestiduras sagradas que harás a tu hermano Aarón y a sus hijos para que ejerzan delante de mí las funciones del sacerdocio.* El texto que se pretendía aducir como prueba, dejaba en evidencia la nueva interpretación.

Y resulta chocante en las numerosas recreaciones que se han hecho de los bueyes en el momento de ser llevados al sacrificio, verles a ellos adornados con las joyas y a los sacerdotes prácticamente desnudos, con el collar sobre el esternón y los brazaletes alrededor de los bíceps. Y nos gustaría saber cómo llevaban las joyas esas supuestas sacerdotisas del nuevo paradigma (Delgado, 2023b:184). Aunque siempre podemos acudir al recurso de considerar la desnudez como símbolo divino, puesto que Yahvé creó desnudos al hombre y a la mujer (Amores, 2009:55). El pudor, se dice, vino después, con la conciencia de pecado, de la que los dioses carecen. Pero los hombres no, desde Adán (Gén. 3,7)

María Luisa de la Bandera, que ha estudiado repetidamente el tesoro, lo ha tenido en sus manos y lo conoce bien, sostiene que nunca los llamados pectorales han podido usarse como frontiles sobre la testuz de los bóvidos en

animales reales (Escacena y Amores, 2012: 135).

También las placas se consideran, como los pectorales, de origen y producción local, ya que no se conocen paralelos próximos en ningún otro lugar (Bandera, 2010: 314). Son ocho, como los sellos, y siempre se ha pensado que estaban preparadas para ir unidas unas a otras mediante cordones pasantes (Bandera, 2010: 324), como demuestran las huellas que han dejado en las láminas del dorso, a la que van soldados todos los demás elementos. En la nueva interpretación se les coloca, sin embargo, separadas unas de otras, adornando *dorsuales* o colleras que se ponen sobre los lomos o el cuello de los animales destinados al sacrificio, para sacralizarles, e incluso divinizarles (Escacena, 2018: 65), como aparecen ciertamente representados, y lo llevan hasta los cerdos, en algunos *suovetaurilia* romanos, aunque estos parecen ser sencillas bandas de lino, a modo de cinchas, sin apliques de ningún tipo, por lo que María Luisa de la Bandera, que se muestra en total desacuerdo, se queja de que en la nueva interpretación se han manejado datos y paralelos de manera ambigua, a medida que mejor cuadraban a sus autores (Bandera, 2010: 325).

Sería, en cualquier caso, un paralelo muy posterior, no tanto como el del pantocrátor, pero cercano a los 500 años, como si ahora tratáramos de buscar la interpretación de algo fijándonos en el significado que tenía en la época de los Reyes Católicos. Y no es porque no tengamos representaciones de bóvidos en época tartésica, que las tenemos, y muy cercanas, en Montemolín y en Carmona, sobre todo en marfiles y cerámicas, pero nunca aparecen ataviados, ni con frontiles ni con *dorsuales*. Como son numerosas las representaciones que tenemos de las placas sirviendo, engarzadas una en otra, de coronas sobre las cabezas de probables sacerdotes y sacerdotisas en marfiles y piezas de orfebrería, unas de oriente, de Nimrud, otras muy cercanas, en el tesoro de Segura de León (Badajoz) (Fernández Gómez, 2010:93; Almagro Gorbea, 1989:70).

Se ha discutido también sobre el significado de los motivos decorativos de las placas, pero es algo secundario. Podría admitirse que las rosetas, que aparecen con frecuencia en los más diversos contextos, fuesen alegoría de Astarté, a imagen del planeta Venus, cualquiera que fuese el número de sus pétalos, y las hemisferas rehundidas representación de Baal, alusivas al globo solar.

Y al tesoro en su conjunto, entonces ¿habremos de considerarlo fenicio o tartésico? El collar, ya hemos visto, es considerado por todos como una pieza importada, quizá de Chipre, puramente fenicia, pero las restantes joyas parecen de factura local, o sea de las que los fenicios enseñaron a hacer a los

tartesios, los cuales, aunque desde el calcolítico eran buenos conocedores del oro, hasta entonces solo lo habían empleado en joyas, ya batidas, en forma de láminas, como vemos en algunos objetos de Valencina de la Concepción, ya fundidas, en espectaculares ejemplares de tradición atlántica.

Los fenicios enseñaron a los tartesios que había otras maneras de trabajar el oro y les introdujeron en el arte de la soldadura, y a partir de entonces esta técnica será un ingrediente permanente en la joyería tartésica, sin que hasta ahora hayamos empezado a saber el modo como lo llevaban a cabo, cuáles eran los fundentes y, sobre todo, cómo controlaban la temperatura para conseguir unir láminas o gránulos sin fundirlos ni dañarlos⁴. Algo que los tartesios no supieron hacer hasta que no se lo enseñaron los fenicios, que serían los responsables de los talleres hasta que los indígenas, muchos de los cuales serían hijos de padre fenicio y madre indígena, se fueran sintiendo capaces de hacerlo. Y esas joyas entonces ¿serán fenicias o serán tartésicas? Nosotros diríamos, como Perea y Armbruster, que se trata de una orfebrería tartésica, caracterizada por esta hibridación, que ocupó los siglos VIII-VI a.C. (Perea y Armbruster, 1998:133). Y así piensa también María Luisa de la Bandera (Bandera y otros, 2010:315, 329).

¿Ciudad al Este, santuario al Oeste?

Un último tema queremos tratar, el que analiza las relaciones entre el Cerro de El Carambolo y la ciudad de Sevilla, que se alzarán en el cerro de enfrente, al otro lado del río. Se ha acudido al posible, y no seguro, nombre de la ciudad antigua, *Spal*, como prueba de su fundación fenicia, algo que parece temerario. Diríamos que es una falacia circular. Introducimos el nombre como probable, y luego lo ponemos como prueba de lo que queremos demostrar.

Se tratarían en sí los dos cerros, a su juicio, de una sola urbe, aunque hoy los presentemos por separado y los consideremos como dos cosas distintas: la ciudad propiamente dicha y su puerto por un lado, y el santuario de Astarté y Baal por otro (Escacena y García, 2012: 777). Era una idea que ya habían apuntado hace años Belén y Escacena (1997: 113), y que ahora se desarrollaba. Correa, tratando apoyarlo desde el punto de vista lingüístico, sugiere que quizá el posterior nombre de la ciudad, *Hispal*, refleje la existencia de una población mixta, con un primer elemento puramente tartesio, que perviviría, ya latinizado, en *his*, y un segundo elemento representado por un teónimo fenicio, *bal*, que perviviría al latinizarse en *pal* (Correa, 2000: 190). Era algo

⁴ En tratar de descubrirlo trabaja desde hace años, en sus instalaciones de La Cartuja, un equipo de la Facultad de Física de nuestra universidad, dirigidos por el Prof. Respaldiza: cfr. Ontalba et al., 1999: 579; 2002: 176; Bandera y otros, 2004:48 y Hunt y otros, 2010:340.

que había sugerido anteriormente Collantes (1977:46), aunque él prefería hacerlo derivar de *Ispal*, con el significado de *llanura verde* que le había dado siglos atrás Arias Montano. La presencia tartesia en esa Sevilla fundacional se hacía, en cualquier caso, lingüísticamente, necesaria (Escacena y García, 2012: 771).

Según Fernández y Rodríguez, el complejo sagrado exhumado en sus excavaciones sería un santuario levantado en honor a Astarté a la vez que los colonizadores fundaban Sevilla, ya en la segunda mitad del siglo IX a.C. (Fernández Flores y Rodríguez Azogue, 2010: 203; Escacena, 2010: 100, 104.). Sevilla, por tanto, la posible *Spal*, y El Carambolo sería un conjunto único separado por el río: la ciudad al Este y el santuario al Oeste, como sucedía en otros lugares. La margen de levante para la vida profana y la de poniente para la sagrada (Escacena, 2013: 166)⁵, con un santuario que progresivamente se habría ido ampliando *hasta el punto de constituir hoy el mayor recinto religioso conocido del Hierro Antiguo hispano* (Escacena, 2007:5).

¿Qué encontramos, sin embargo, en el casco urbano de la ciudad, de aquella antigua *Spal*, la Sevilla fundacional? En el Patio de Banderas del Alcázar se excavó hasta llegar a la base geológica, y todo lo que se encontró en su nivel más profundo fue una estructura con planta de tendencia oval que se consideró como un posible hogar “al aire libre”, una probable cocina (Escacena y García, 2012: 768), y esa sería, junto a los restos hallados en la Calle San Isidoro, la más vieja estructura doméstica conocida hasta ahora de la Sevilla fundacional, con diversos fragmentos de cerámica bruñida y presencia ya de cerámica a torno (Tabales, 2015: 38; Escacena y García, 2012:771). Dentro del propio Alcázar, en el nivel inferior de la Torre del Agua, se encontraron nuevos fragmentos de cerámicas del Bronce Final y uno de tipo Carambolo, con decoración de triángulos pintados⁶. En ese mismo área, en sentido amplio, del Alcázar medieval, en la Calle Abades, se recogió otro pequeño fragmento de cerámica tipo Carambolo (Huarte, 2002: 254-255). Y cerca de allí, en la ya citada Calle San Isidoro, algunos fragmentos de ánforas y cerámicas grises y de barniz rojo (Campos y otros, 1988). Y estos serían los materiales que corresponderían a los momentos más antiguos de la Sevilla protohistórica (Escacena, 2018:31) si desechemos los fragmentos de cerámicas descontextualizadas que encontramos tanto en el Patio de Banderas, como en la Plaza de la Encarnación. ¿Podemos comparar estos hallazgos con los encontrados en el Cerro de El Carambolo en esos momentos iniciales de la fundación, que podemos situar a finales del s. IX a.C., y primeros siglos de su desarrollo? Es

⁵ El tema lo ha tratado con detalle recientemente Pascual Barea, 2013: 69ss.

⁶ Comunicación verbal de los excavadores.

evidente que no, que nada tienen que ver unos con otros, ni en calidad, ni en cantidad, ni en variedad. Pudo haber, ciertamente, seguro que la hubo, en la pretendida *Spal*, alguna pequeña comunidad de indígenas, como la hubo en El Carambolo, pero mientras esta se desarrolló y enriqueció al contacto con los fenicios, la comunidad de la posible *Spal* o *Ispal* quedó congelada hasta la llegada de nuevas gentes a finales del s. VI a.C., los momentos finales precisamente de El Carambolo.

Y vayamos a esos momentos finales del cerro. Estamos a mediados del s. VI a.C. La crisis de Oriente originada por la caída de las metrópolis fenicias en manos de los asirios primero y de los babilonios después, que se llevarán esclavizados a los judíos más notables, provoca el colapso del secular comercio por el Mediterráneo, lo cual tiene su reflejo en el poblado/santuario de El Carambolo. Los grandes espacios, nos dicen sus excavadores, se compartimentan. El templo ha sido asaltado y sus ajuares fundidos en hornos para su reutilización como simple materia prima, convertidos en meros lingotes de metal (Escacena-Carrasco, 2011:116; 2023b:236). Se entrevé como causa la posible reacción violenta de una parte de la población, quizá la autóctona (Ferrer y García, 2019: 55), aquella que se había dicho que apenas existía, contra la población fenicia colonizadora, lo cual conlleva, entre otras cosas, negar la realidad de la hibridación, que otras veces se ha dicho que es profunda (Ferrer y Hunt, 2003:260), y todo ello 300 años después de la llegada de los primeros colonizadores.

Pero la idea no está clara ni siquiera para los arqueólogos, pues en unas ocasiones se habla de auténtica guerra civil y en otras se culpa de la destrucción a la población indoeuropea, con lo cual tendríamos a un cuarto elemento diferenciado actuando en el cerro: la población autóctona, los fenicios colonizadores, los mestizos, que dejan su reflejo en la artesanía (Ferrer y Hunt, 2023:257), y ahora los indoeuropeos que vienen a destruirlo todo (Escacena, 2023a: 236). A menos que identifiquemos a esos indoeuropeos con los autóctonos y no nos refiramos a los célticos que vienen en esos momentos del s. VI a.C., llegan hasta el extremo meridional de la Península y fundan, entre otras, cerca de la costa la ciudad de Eburá y, río arriba, la de Celti.

Se nos dice que una vez que el edificio ha perdido su carácter cultural, las estructuras son convertidas en instalaciones metalúrgicas, fundamentalmente hornos, en los que no se documenta, sin embargo, ninguna actividad transformadora, sino una posible fundición de metales, sobre todo bronce y cobre, y en menor medida hierro y plata (Fernández y Rodríguez, 2007: 173-176; Ferrer y García, 2019: 56), pero en el interior de ninguno de los cuales,

de los 8 documentados, se hallaron restos metálicos de ningún tipo, por lo que su funcionalidad no resultaba precisa a juicio de los excavadores (Fernández Flores y Rodríguez Azogue, 2010: 244).

En otra ocasión se habla de 14 hornos y se observan incluso superposiciones en ellos (Hunt, Montero y otros, 2010:272). ¿Cómo pueden explicarse esas superposiciones si los hornos se deben, como se dice, al deseo de los expoliadores de fundir las joyas robadas para convertirlas en lingotes? ¿Tanto tiempo emplearon como para tener necesidad de renovar los hornos? Y como no parece lo más adecuado que estén funcionando unos hornos en un lugar frecuentado por los peregrinos, se dice que lo que ha sucedido es un cambio de funcionalidad de las construcciones, que han pasado de las actividades culturales a las metalúrgicas (Hunt, Montero y otros, 2010:292). Luego no se destruyeron las construcciones en ninguna acción violenta, ni son hornos ocasionales para convertir los expolios de metal en lingotes.

La ocultación del tesoro habría estado, en cualquier caso, provocada por este momento de peligro, cuyo grado de violencia extrema se deduce, nos dicen, de dos hechos de la mayor relevancia: que el templo no fue reconstruido y que quien ocultó el ajuar de oro utilizado en la liturgia del santuario, nuestro tesoro de El Carambolo, no pudo volver a rescatarlo (Escacena y García, 2012: 787; Escacena, 2018: 66)).

Es cierto que el templo no fue reconstruido nunca, pero porque nunca fue derribado. El ámbito que ocupaba fue simplemente dividido en dos, los ámbitos que los arqueólogos llamaron A-13 y A-14, por un muro que sus moradores levantan justamente por el centro, por encima del antiguo altar taurodémico. Y no se levanta un muro y se transforma una casa en una situación de violencia extrema, de la cual, por otra parte, ningún testimonio ha quedado, ni de incendio ni de destrucción. Y los propios excavadores lo reconocen, para probar la santidad del lugar, al decir que quienes en determinado momento ocupan el recinto santo, al levantar el muro sobre el altar tienen cuidado de no destruirlo y lo levantan sin excavar cimientos. Lo cual resulta paradójico, que quienes destruyen el santuario de manera violenta luego respeten cuidadosamente el altar, su lugar más emblemático. Hay que buscar otras razones. Lo que está claro es que el santuario no fue destruido de manera violenta, que fue simplemente remozado, como se dice, y dividida en dos la supuesta capilla mediante un muro que se asienta precisamente sobre el altar que era *la mejor garantía de que el edificio era un templo* (Escacena, 2018:48-49). Eliminada la garantía ¿qué nos queda?

Y todo esto se dice cuando los planteamientos catastrofistas de hace

unos años, a manos de cartagineses, gaditanos o pueblos meseteños, parecen haber sido hoy desechados y sustituidos por la percepción de una decadencia económica progresiva provocada por la caída de las metrópolis, entre ellas Tiro, a que ya hemos aludido, y la consiguiente crisis del comercio con Oriente (Ferrer y García, 2019: 52), teoría a la que nos adherimos. Los colonizadores han pasado del antiguo esplendor al cautiverio en Babilonia, desgracia que en su destierro lamentará el pueblo hebreo en bellas canciones que gustaban de oír sus opresores (Ps. 137, 2)⁷, y del que les librára el rey Ciro, fundador de la dinastía Aqueménida, hecho que recordarán con inmensa alegría las generaciones posteriores⁸.

Lo curioso es que, pretendiendo considerar a poblado y santuario una misma cosa separada por el río, en el poblado, *Spal*, no tengan ningún eco esos momentos de extrema violencia que está viviendo el santuario, sino que, ajenos por completo a ellos, coincidan, por el contrario, con pacíficos años de indolente vida de la futura gran ciudad, que desde sus supuestos momentos fundacionales a finales del s. IX no conocerá ningún desarrollo hasta finales del s. V a.C. (García Fernández y Ferrer, Ferrer, 2011:359) e incluso de principios del IV (Ferrer Albelda, García Fernández y Escacena Carrasco, 2010: 83), en lo que estamos de acuerdo, aunque con una ligera matización, que nosotros no hablaríamos de repoblación, como se hace, sino de primera ocupación, pues las anteriores no habían pasado de ser simples ocupaciones temporales y muy limitadas en el espacio, reducido a la parte alta del cerro, sin que admitamos que la ciudad hubiera desempeñado en ese tiempo un papel crucial como puerto en el estuario del río, como se pretende. Más bien creemos que Sevilla nace de verdad como ciudad, para no interrumpir su crecimiento, en ese s. V a.C., y posiblemente provocado por las mismas causas que, río arriba, ocasionan el traslado de las gentes del Cerro de las Cabezas, de Santiponce, a la Colina de San Antonio, en lo que será la futura Itálica, un cambio en los meandros del río, quizá producido por una de esas catástrofes naturales de las que nos habla Álvarez-Martí (2023: 373), allí del Cerro de las Cabezas, que se abandona, a la inmediata Colina de San Antonio (Ferrer y García Fernández, 2019: 66), aquí del Cerro de El Carambolo, que también se abandona, a la colina sin nombre que se alzaba enfrente, en la confluencia del Guadalquivir y el arroyo Tagarete, con una estricta continuidad en el registro arqueológico entre uno y otro, como hemos defendido en otras ocasiones (Fernández Gómez, 2014:28).

⁷ Junto a los canales de Babilonia / nos sentamos a llorar / con nostalgia de Sión; / en los sauces de sus orillas colgábamos nuestras cítaras. / Allí, los que nos deportaron, / nos invitaban a cantar; / nuestros opresores, a divertirlos: / «Cantadnos un cantar de Sión». / ¡Cómo cantar un cántico del Señor / en tierra extranjera! (Salmo 136).

⁸ Cuando el Señor hizo volver a los cautivos de Sión / nos parecía soñar, / la boca se nos llenaba de risas, / la lengua de cantares (Salmo 125, 1-2).

Y es elocuente en este sentido, y podríamos utilizarlo como prueba *ex silentio*, que el libro publicado hace tan solo unos años por el Ayuntamiento de Sevilla con la Historia de la ciudad (Ordoñez Agulla y otros: 2002) comience en época romana, sin conceder ni un sólo capítulo a las etapas anteriores. Y que en la posterior “Sevilla Arqueológica” publicada por la Universidad, se dedique a la Sevilla fenicia apenas media docena de páginas, para acabar reconociendo que lo que en realidad *sabemos de esta Sevilla arcaica es bien poco* (Escacena, 2018: 35) y pasar a analizar El Carambolo, como si fuera parte de la historia de la ciudad. Porque no hay nada que decir de ella en esa época, aunque podamos extendernos todo lo que queramos en su historia mítica.

A MODO DE EPÍLOGO

Terminado el relato, lo que más nos llama la atención es la admirable elocuencia que se concede a unos restos arqueológicos mudos. Y también la falta de reacción de los especialistas ante tanta elocuencia imaginada. Y uno piensa ¿será verdad que la Arqueología es una ciencia? Y nos hace recordar a queridos profesores, como Presedo Velo, que le negaba tal categoría para darle simplemente el de “técnica”. Y también el interés de D. Julio Caro Baroja⁹ en que no se le incluyera a él en ese gremio de investigadores, pues no se sentía arqueólogo sino historiador: *Antes de iniciar una exploración, decía, ...quiero insistir en mi carácter esencial de historiador, para el que algunas de las técnicas reconstructivas de ciertos arqueólogos... son un poco sospechosas... En todo caso, si hay que reconstruir o abstraer, no será por esta vía arqueológico-imaginativa por la que me lanzaré a buscar la verdad. Ya no estoy en la edad en que gustan las hipótesis evolutivas generales sacadas con cierto desgaire juvenil de la propia mollera, empachada de Arqueología prehistórica.* Nos gustaría saber cómo habría reaccionado el bueno de D. Julio si hubiera tenido ocasión de leer cuanto sobre El Carambolo y su supuesto santuario, junto al de Caura, Montemolín y tantos otros que han surgido y siguen surgiendo, dicen en nuestros días algunos de sus estudiosos.

Ser arqueólogo y soñador suele resultar peligroso, porque uno puede inventarse lo que quiera, basándose en sus descubrimientos o intuiciones, y luego divulgarlas como verdades inapelables, dejando que vayan imponiéndose sus elucubraciones como si fueran realidades dogmáticas, al modo como denuncia un filósofo tan equilibrado y poco leído como Balmes, en El Criterio (XIV, II): *Si no encuentra, finge; en vez de construir sobre la realidad, edifica sobre las creaciones de su pensamiento. A fuerza de cavilar y sutilizar, llega*

⁹ Caro Baroja, Las Brujas y su mundo, p. 299

hasta el punto de alucinarse a sí mismo, y lo que al principio fuera un pensamiento vago, sin estabilidad ni consistencia, se convierte en verdad inconcusa

Un buen arqueólogo no es el que hace grandes descubrimientos, pues estos dependen solo de la fortuna, la que tuvo el Prof. Carriazo, sino el que sabe interpretar rectamente, con objetividad, lo que encuentra, aunque lo que encuentre normalmente sean basuras, desperdicios, lo que se tira o se abandona, lo que se desprecia cuando uno se va o tiene que irse, aunque luego algunos investigadores lo estudien con todo detalle, pues con frecuencia ofrecen datos de gran interés que si no fuera por ellas pasarían desapercibidos (Bernáldez y otros, 2010: 335). Por eso debemos admirar la sinceridad de personajes como Schulten, que después de pasar gran parte de su vida buscando a Tartessos, queriendo emular en nuestra tierra a su paisano Schliemann en Troya, muera en la pequeña ciudad de Erlangen confesando humildemente en su vejez que no ha encontrado nada que pueda relacionarse directamente con la famosa cultura de la que habían hablado Homero, Heródoto y otros historiadores de la antigüedad y él había querido localizar. Para ir a morir, ironías del destino, poco después de que apareciera el tesoro de El Carambolo, pero sin llegar a conocerlo. Preferimos su sinceridad al decir que se ha pasado la vida buscando inútilmente algo que no ha encontrado, o que no era consciente de que lo estaba encontrando, como Bonsor en sus excavaciones de Carmona, o la humildad de otro admirado historiador, Sánchez Albornoz, cuando declara: *Prefiero cabalgar la parda mula del buen sentido que el purasangre de la imaginación desenfrenada* (Sánchez Albornoz, 1981:19). Pues sobre un algo imaginado se puede montar todo un tinglado, que a la larga caerá, como casa edificada sobre arena, pero que, mientras, hará perder muchas horas tratando de encajar en el puzzle imaginado piezas que no le corresponden.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO GORBEA, M., “Pozo Moro. El monumento orientalizante, su contexto soiocultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica”, *Madrider Mitteilungen*, 24, 1983: 177-293.
- ALMAGRO GORBEA, M., “Orfebrería orientalizante”. En *El oro en la España prerromana*, Monografías Revista de Arqueología, 1989: 68-81.
- ALMAGRO GORBEA, M. y MONEO, T., *Santuarios urbanos en el mundo ibérico*. Madrid, 2000. Real Academia de la Historia.
- ALVAR, J., «Reflexiones sobre el concepto cultural de Tarteso», *Homenaje a José M^a Blázquez*, II, 1994: 37-43. Madrid.
- ALVAR, J., «Los primeros estados en la Península, los pueblos del área mediterránea», en *Entre fenicios y visigodos: la Historia Antigua de la Península Ibérica*, Madrid, 2008: 23-62.
- ALVAR EZQUERRA, J., “Teoría y praxis ritual: existe la religión tartésica”. En *Tarteso. Nuevas Fronteras*, Mérida, 2023: 259-273.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M., “Indígenas y fenicios. La cuestión del componente étnico de Tarteso”. En Campos Carrasco (coord.) *Tarteso. Nuevas interpretaciones*, Huelva, 1980 (1982):16-17.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M., “Carriazo y su interpretación de los hallazgos de El Carambolo en el contexto de los estudios sobre Tartesos”. En Bandera Romero y Ferrer Albelda (eds.), *El Carambolo. 50 años de un tesoro*, Sevilla, 2010: 53-97.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M., “¿Tsunamis en Tarteso? Posibles evidencias de eventos marinos de alta energía en el hábitat de Huelva en época tartésica (siglos VII-VI a.C.)”. En Celestino Pérez y Rodríguez González (eds.), *Tarteso. Nuevas Fronteras*, Mérida, 2023: 373-393. Instituto de Arqueología de Mérida.
- AMADASI GUZZO, M^a. G., “Astarté a Malta”. En Bandera Romero y Ferrer Albelda (eds.), *El Carambolo. 50 años de un tesoro*, Sevilla, 2010: 465-489.
- AMO, M. del, “Enterramientos en cistas de la provincia de Huelva. En *Huelva. Prehistoria y Antigüedad*, Madrid, 1975: 109ss.
- AMORES CARREDANO, F. (coord.), *El Carambolo. 50 años de un tesoro*. Catálogo de la Exposición. Sevilla, 2009. Junta de Andalucía.
- AMORES CARREDANO, F., “En torno a la conservación de El Carambolo. Realidades, ficciones, intereses y reflexiones”. En Bandera Romero y

- Ferrer Albelda (eds.), *El Carambolo. 50 años de un tesoro*, Sevilla, 2010: 387-421.
- AMORES, F. y ESCACENA, J.L., “De toros y de tesoros: simbología y función de las joyas de El Carambolo”. En García-Baquero y Romero (eds.) *Fiestas de toros y sociedad*, Sevilla: 2003: 41-68. Universidad de Sevilla.
- ANTUNES, A.S., “Ecos de Tartesso no Baixo Alentejo (Portugal). En Celestino Pérez y Rodríguez González. (eds.), *Tarteso. Nuevas Fronteras*, Mérida, 2023: 673-689. Instituto de Arqueología de Mérida.
- ARRUDA, A.M., “Fenicios no territorio actualmente português: e nada ficou como antes”. En Bandera Romero y Ferrer Albelda (eds.), *El Carambolo. 50 años de un tesoro*, Sevilla, 2010: 439-452.
- AUBET, M.^a E., “Algunas cuestiones sobre el periodo orientalizante tartésico”. *Pyrenae*, 13-14, 1977-78: 81-107.
- BANDERA ROMERO, M^a. L., CHAVES TRISTÁN, F., ORIA SEGURA, M., FERRER ALBELDA, E., GARCÍA VARGAS, E. y MANCEBO DÁVALOS, J., “Montemolín. Evolución del asentamiento durante el Bronce Final y el periodo orientalizante (Campañas 1980-1981)”, *Anales Arqueología Cordobesa*, 4, 1993: 15-48.
- BANDERA, M^a. L. DE LA, CHAVES TRISTÁN, F., FERRER ALBELDA, E. y BERNÁLDEZ SÁNCHEZ, E., “El yacimiento tartésico de Montemolín”. En *Tartessos 25 años después*, 1968-1993. Jerez de la Frontera, 1995:315-332
- BANDERA ROMERO, M^a. L., GÓMEZ TUBÍO, B., ONTALBA SALAMANCA, M.^a A., RESPALDIZA, M.A. y FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., “Estudio preliminar de orfebrería tartésica-turdetana del Valle del Guadalquivir”. En *Avances en Arqueometría*, 2003. Cádiz, 2004: 48-55. Universidad de Cádiz.
- BANDERA ROMERO, M^a. L., GÓMEZ TUBÍO, B., ONTALBA SALAMANCA, M.^a A., RESPALDIZA, M.A. Y ORTEGA FELIU, I., “El tesoro de El Carambolo: Técnica, simbología y poder”. En Bandera Romero y Ferrer Albelda (eds.), *El Carambolo. 50 años de un tesoro*, Sevilla, 2010: 297-334.
- BECERRA MARTÍN, S., “La transición del Bronce Final al Hierro I en la depresión de Ronda”. En Celestino Pérez y Rodríguez González (eds.), *Tarteso. Nuevas Fronteras*, Mérida, 2023:197-219. Instituto de Arqueología de Mérida.
- BELÉN, M.^a, “Itinerarios arqueológicos por la geografía sagrada del Extremo Occidente”. En Costa y Fernández, *Santuarios fenicio-punicos en Iberia*

- y su influencia en los cultos indígenas. (XIV Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica), Ibiza, 2000: 57-102. Museo Arqueológico de Ibiza.
- BELÉN, M.^a, “La Geografía Tartésica”. En *Argantonio, rey de Tartessos*, 2000: 79-116.
- BELÉN, M.^a, “Arquitectura religiosa orientalizante en el Bajo Guadalquivir”. En Ruiz y Celestino (eds.), *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid, 2001: 1-16.
- BELÉN DEAMÓS, M.^a, ANGLADA, R., ESCACENA, J. L., JIMÉNEZ, A., LINEROS, R. y RODRÍGUEZ, I., *Arqueología en Carmona (Sevilla). Excavaciones en la casa-Palacio del marqués de Saltillo (Sevilla)*. 1997. Consejería de Cultura, Junta de Andalucía.
- BELÉN, M.^a, BOBILLO, A.R., GARCÍA MORILLO, M.^a C., ROMÁN, J.M., “Imaginería orientalizante en cerámica de Carmona (Sevilla). *Huelva Arqueológica*, 20, 2004: 149-170.
- BELÉN, M.^a, BOBILLO, A.R., GARCÍA MORILLO, M.^a C., ROMÁN, J.M. y VÁZQUEZ, J., “Carmona tartesia entre la tradición y el cambio”. En Ana Margarida Arruda (ed.) *Fenicios e Púnicos, por terra e mar*. Actas do VI Congresso Internacional de Estudos Fenícios e Púnicos, Vol.2, Lisboa, 2005: 640-649.
- BELÉN M.^a, y ESCACENA, J.L., “Testimonios religiosos de la presencia fenicia en Andalucía Occidental”. *Spal*, 6, 1997: 103-131.
- BENDALA GALÁN, M., “Un origen para Tarteso”. En Celestino y Baquedano (eds.), *Los últimos días de Tarteso*. Madrid, 2023: 41-58. Museo Arqueológico y Paleontológico.
- BERNÁLDEZ SÁNCHEZ, E., GARCÍA-VIÑAS, E., ONTIVEROS ORTEGA, E., GÓMEZ MORÓN, A. y OCAÑA GARCÍA DE VEAS, A., “Del mar al basurero: Una historia de costumbres”. En Bandera Romero y Ferrer Albelda (eds.), *El Carambolo. 50 años de un tesoro*, Sevilla, 2010: 345-385.
- BERROCAL RANGEL, L., *El altar prerromano de Capote. Ensayo etno-arqueológico de un ritual céltico en el Suroeste Peninsular*. Madrid, 1994. Universidad Autónoma.
- BLANCO FREIJEIRO, A., *Opera minora selecta*, León Alonso y Luzón Neugué (eds.). Sevilla, 1996. Universidad de Sevilla.
- BLANCO GONZÁLEZ, A., PÉREZ GUTIÉRREZ, M., PADILLA FERNÁNDEZ, J.J., VELASCO VÁZQUEZ, J., ALARIO GARCÍA, C., MACCARRO ALCALDE, C., y SANTOS DELGADO, G., “Actividad de culto y edilicia orientalizante en el Cerro de San Vicente (Salamanca, España)”.

- En Celestino Pérez y Rodríguez González (eds.), *Tarteso. Nuevas Fronteras*, Mérida, 2023:691-704. Instituto de Arqueología de Mérida.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J., “Notas en torno a la colección de cerámicas orientalizantes del Museo de Cabra”, en *Boletín de la Asociación de Museos Locales de Córdoba*, 3, 2002: 39-59. Universidad Autónoma de Madrid.
- BLAZQUEZ, J.M., *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*. Salamanca, 1975.
- BLAZQUEZ, J.M., *Primitivas religiones ibéricas. II. Religiones prerromanas*, Madrid, 1983.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M., LUZÓN NOGUÉ, J. M., GÓMEZ, F. y CLAUSS, K., *Huelva Arqueológica. Las cerámicas del Cabezo de San Pedro*. Huelva, 1989, 2ª. Ed.
- BOTTO, M., “La Sardegna nel periodo orientalizzante”. En *Tarteso. Nuevas Fronteras*, Mérida, 2023: 83-103.
- BUERO MARTÍNEZ, M.^a S. Y FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., “La cerámica tipo Carambolo en la Universidad Laboral de Sevilla”. *Temas de Estética y Arte*, XXIV, 2010: 39-68.
- CABALLOS RUFINO, A. y ESCACENA CARRASCO, J.L., *Tartessos y El Carambolo*, Sevilla, 1992.
- CAMPOS, J. y Alvar, J., *Tarteso. El emporio del metal*. Córdoba, 2013. Almuzara
- CAMPOS, J, VERA, M. y MORENO, M.T., *Protohistoria de la ciudad de Sevilla. El corte estratigráfico San Isidoro*. Monografías de Arqueología Andaluza, 1.Sevilla, 1988. Junta de Andalucía.
- CARRIAZO, J. de M., “El Cerro del Carambolo”. En *Tartessos y sus problemas. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Jerez de la Frontera, 1968. Barcelona, 1969: 311-340.
- CARRIAZO, J. de M., *Tartessos y El Carambolo*. Madrid, 1973. Ministerio de Educación y Ciencia.
- CARRIAZO, J. de M., *El Carambolo. Sevilla*, 1978. Universidad de Sevilla.
- CARRIAZO, J. de M., “El descubrimiento de Munigua y la espiral de oro del Cerro de Montorcaz”, *Madridier Mitteilungen*, 20, 1979: 272-281.
- CASADO ARIZA, M., “Cerámica grabada tartésica del Carambolo”, *Spal*, 20, 2011 (2021): 93-105.
- CASADO ARIZA, M., *La cerámica con decoración geométrica del Carambolo*. Sevilla, 2015. Universidad de Sevilla.
- CELESTINO PÉREZ, S., *Cancho Roano. Un santuario tartésico en el valle medio del Guadiana*. Mérida, 2022.

- CELESTINO PÉREZ, S., “Tarteso. Nuevos problemas”. En Celestino y Baquedano (eds.), *Los últimos días de Tarteso*. Madrid, 2023: 113-125. Museo Arqueológico y Paleontológico.
- CELESTINO PÉREZ, S. y JIMÉNEZ ÁVILA, J., *El palacio-santuario de Cancho Roano, IV. El sector norte*. Badajoz, 1993.
- CELESTINO PÉREZ, S. y RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E., (eds.), *Tarteso. Nuevas Fronteras*, 2 vol., Mérida, 2023. Instituto de Arqueología de Mérida.
- COLLANTES DE TERÁN DELORME, F., *Contribución al estudio de la topografía sevillana en la Antigüedad y en la Edad Media*. Sevilla, 1977. Real Academia Bellas Artes Santa Isabel de Hungría.
- CORREA, J.A., “El topónimo Hispal(is)”, *Philologia Hispalensis*, XIV, 2000: 181-190.
- CRISTOFANI, M. Y MARTELLI, M., *L'oro degli etruschi*. Novara, 1985.
- CHAVES TRISTÁN, F. y BANDERA ROMERO, M^a. L. de la, “La cerámica de boquique aparecida en el yacimiento de Montemolín (Marchena, Sevilla)”. *Habis*, 12, 1981: 375-382.
- CHAVES TRISTÁN, F. y DE LA BANDERA ROMERO, M^a. L. Problemática de las cerámicas orientalizantes y su contexto”. En J. Untermann y F. Villar (eds.), *Lengua y Cultura en la Hispania Prerromana. Actas del V Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*. Colonia 1989, Salamanca, 1993: 49-89.
- CHAVES TRISTÁN, F. y DE LA BANDERA ROMERO, M^a. L., “El yacimiento tartésico de Montemolín”. En *Tartessos, 25 años después*. 1968-1993, 1995:315-332. Ayuntamiento de Jerez.
- CHAVES, F. y DE LA BANDERA, M^a. L. de la, FERRER, E. y BERNÁLDEZ, E., “El complejo sacrificial de Montemolín”. En *V Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, II, Cádiz, 2000:573-581.
- DELGADO HERVÁS, A., “Mujeres, rituales y prácticas de comensalía en los mundos de Tarteso”. En *Tarteso. Nuevas Fronteras*, Celestino Pérez, S. y Rodríguez González, E. (eds.), Mérida, 2023a: 221-236. Instituto de Arqueología de Mérida.
- DELGADO HERVÁS, A., “Género, objetos rituales y prácticas litúrgicas en los mundos tartésicos”. En Celestino y Baquedano (eds.), *Los últimos días de Tarteso*. Madrid, 2023b:181-192. Museo Arqueológico y Paleontológico.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J., “Los griegos y el comercio griego en Tarteso”. En Celestino y Baquedano (eds.), *Los últimos días de Tarteso*. Ma-

- drid, 2023: 195-208. Museo Arqueológico y Paleontológico.
- ESCACENA, J.L., “Fenicios a las puertas de Tartessos”. *Complutum*, 12, 2001: 73-96.
- ESCACENA, J.L., “Allas el estrellero, o Darwin en las sacristías”. En Escacena y Ferrer (eds.), *Entre Dios y los hombres: el sacerdocio en la Antigüedad*. Spal Monografías, VII, 2006: 103-156.
- ESCACENA, J.L., “Simpecados de diseño”, *Revista de Coria del Río*, 5, 2007: 7.
- ESCACENA, J.L., BELÉN, M^a. e IZQUIERDO, R., “Caura protohistórica”. *Revista de Arqueología*, 184, 1996: 16-25.
- ESCACENA CARRASCO, J.L., El templo y la ciudad. Que trata de cómo los fenicios poblaron Sevilla y su entorno. Sevilla, 2005. Aula Hernán Ruiz
- ESCACENA CARRASCO, J.L., “Cantos De Sirena: La Precolonización Fenicia de Tartessos”. En Celestino, Rafel y Armada (eds), *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.n.e)*. *La precolonización a debate*. Madrid, 2008: 301-322. CSIC y Escuela Española en Roma
- ESCACENA CARRASCO, J.L., “El Carambolo y la construcción de la arqueología tartésica”. En Bandera Romero y Ferrer Albelda (eds.), *El Carambolo. 50 años de un tesoro*, Sevilla, 2010: 99-150.
- ESCACENA CARRASCO, J.L., “El Espejismo Tartésico”. En Campos y Alvar (eds.) *Tarteso. El emporio del metal*. Córdoba, 2013: 137-195. Almuzara
- ESCACENA CARRASCO, J.L., “Sevilla Fenicia”. En Beltrán Fortes y Rodríguez Gutiérrez (coord.), *Sevilla Arqueológica*. Sevilla, 2018: 25-69.
- ESCACENA CARRASCO, J.L., “Oriental versus orientalizante. Sobre la identidad de la religión tartésica”. En *Tarteso. Nuevas Fronteras*, Celestino Pérez, S. y Rodríguez González, E. (eds.), Mérida, 2023a: 463-482. Instituto de Arqueología de Mérida
- ESCACENA CARRASCO, J.L., “Teología tartésica”. En Celestino y Baquedano (eds.), *Los últimos días de Tarteso*. Madrid, 2023b: 209-237. Museo Arqueológico y Paleontológico.
- ESCACENA CARRASCO, J.L. y AMORES CARREDANO, F., : “Revestidos como Dios manda. El tesoro del Carambolo como ajuar de consagración”, *Spal*, 20, 2011: 107-141.
- ESCACENA, J.L., FERNÁNDEZ FLORES A. Y RODRÍGUEZ AZOGUE, A., “Sobre El Carambolo: un hipos sagrado del santuario IV y su contexto arqueológico”, *Archivo Español de Arqueología*, 80, 2007: 5-28.

- ESCACENA CARRASCO, J.L. y GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J., “Sevilla protohistórica”. En Beltrán Fortes y Rodríguez Gutiérrez (eds.). *Hispaniae urbes. Investigaciones arqueológicas en ciudades históricas*, Sevilla: 2012: 763-814. Universidad de Sevilla.
- ESCACENA, J.L. y VÁZQUEZ, M.I., “Conchas de salvación”, *Spal*, 18, 2009: 51-82.
- FERNÁNDEZ FLORES, A. y RODRÍGUEZ AZOGUE, A., “El complejo monumental del Carambolo Alto. Camas (Sevilla)”. Un santuario orientalizante en la paleodesembocadura del Guadalquivir”. *Trabajos de Prehistoria*, 62,1, 2005: 111-138.
- FERNÁNDEZ FLORES, A. y RODRÍGUEZ AZOGUE, A., *Tartessos desvelado. La colonización fenicia del suroeste peninsular y el origen y ocaso de Tartessos*. Córdoba, 2007. Ed. Almuzara.
- FERNÁNDEZ FLORES, A. y RODRÍGUEZ AZOGUE, A., “El Carambolo, secuencia cronocultural del yacimiento. Síntesis de las intervenciones 2002-2005”. En Bandera Romero y Ferrer Albelda (eds.), *El Carambolo. 50 años de un tesoro*, Sevilla, 2010: 203-270.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., “Un lote de puntas Palmela en el Museo Arqueológico de Sevilla”. *Museos*, 2, 1983: 73-77.
- “El tesoro turdetano de Mairena del Alcor (Sevilla)”. *Trabajos de Prehistoria*, 42, 1985: 149-194.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., (1986). “Excavaciones arqueológicas en El Raso de Candeleda”. Ávila, 1986, 2 vols., Institución Gran Duque de Alba.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., “El tesoro de Mairena. Nuevos tesoros de oro y plata en Andalucía”. *Revista de Arqueología*, 76, 1987: 29-39.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., “Orfebrería indígena en época prerromana”. En *El oro en la España prerromana*, Monografías de Revista de Arqueología, Madrid, 1989: 82-89.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., “La fuente orientalizante de El Gandul. (Alcalá de Guadaíra. Sevilla)”. *Archivo Español de Arqueología*, 62, 1989: 199-218.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., “Tras el rastro de la Astarté de El Carambolo”. *Temas de Estética y Arte*, XXV, 2011: 53-75.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., *El poblado fortificado de El Raso de Candeleda (Ávila): el Núcleo D. Un poblado de la III Edad del Hierro en la Meseta de Castilla*. Ávila, Sevilla, Madrid, 2011. Diputación de Ávila, Universidad de Sevilla, Real Academia de la Historia, ISBN 978-84472-1283-5.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., “Reflexiones en torno a la “Sevilla Arqueológi-

- ca”. *Temas de Estética y Arte*, XXVIII, 2014: 19-78.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. y ALONSO DE LA SIERRA FERNÁNDEZ, J., “Un fondo de cabaña campaniforme en la Universidad Laboral de Sevilla”. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 22, 1985: 7-26.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. y BUERO MARTÍNEZ, M.^a S., “El problema del origen y cronología del Bronce Final-Orientalizante en Andalucía Occidental, a través del fondo de cabaña de la Universidad Laboral de Sevilla”. *Temas de Estética y Arte*, XXIV: 2010: 72-110.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. y MARTIN GÓMEZ, C., “El tesoro de plata de El Castillo de las Guardas”. *Nvmisma*, 235, 1994: 7-39.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ y MURILLO DÍAZ, T., “Las cerámicas pintadas de la Edad del cobre en Valencina de la Concepción (Sevilla) con sus contextos”. *Temas de Estética y Arte*, XXIII, 2009: 43-82.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, RUIZ MATA, D. y SANCHA FERNÁNDEZ, S., “Los enterramientos en cistas del Cortijo de Chichina (Sanlúcar la Mayor. Sevilla)”. *Trabajos de Prehistoria*, 33, 1976: 351-386.
- FERNÁNDEZ JURADO, J., “Fenicios y griegos en Huelva”. En *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Almería, 1986: 562-574.
- FERNÁNDEZ JURADO, J. y RUIZ MATA, D., “La metalurgia de la plata en época tartésica en Huelva”, *Huelva Arqueológica*, VIII, 1986: 23-44.
- FERRER ALBELDA, E., GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J., “La crisis de Tarteso y el problema del siglo V a.C. en el ámbito geográfico turdetano”, *Anales de Arqueología cordobesa*, 30, 2019: 51-76.
- FERRER ALBELDA, D., GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. y ESCACENA CARRASCO, J.L., “El tráfico comercial de productos púnicos en el antiguo estuario del Guadalquivir”. *Mainake*, XXXII (I), 2010: 61-89.
- FERRER ALBELDA, E. y HUNT ORTIZ, M.O., “La artesanía en Tarteso: un ejemplo de transferencia tecnológica”. En Celestino y Baquedano (eds.), *Los últimos días de Tarteso*. Madrid, 2023: 255-270. Museo Arqueológico y Paleontológico.
- GALÁN DOMINGO, E., *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final del Suroeste de la Península Ibérica*. Madrid, 1993. Editorial Complutense
- GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J., “Antes todo esto era campo. El desarrollo del fenómeno urbano en el Bajo Guadalquivir”. En *Tarteso. Nuevas Fronteras*, Celestino Pérez, S. y Rodríguez González, E. (eds.), Mérida, 2023: 483-514. Instituto de Arqueología de Mérida.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, J. y FERRER ALBELDA, E., „Das turdetanische Emporion Spal. Der punische Handelsverkehr im vorrömischen Sevilla.

- (5. – 2. Jh v. Chr.)”. *Madridier Mittheilungen*, 52, 2011: 333-372.
- GARRIDO, J.P., *Excavaciones en la necrópolis de La Joya. Huelva (1ª y 2ª campañas)*. Excavaciones Arqueológicas en España, 71, 1970. Ministerio de Cultura.
- GOMES, F.B., “Contactoa, tradiciones y (a)simetrías: el inicio de la Edad del Hierro en el Algarve (Portugal). En Celestino Pérez y Rodríguez González (eds.), *Tarteso. Nuevas Fronteras*, Mérida, 2023: 635-651. Instituto de Arqueología de Mérida.
- GÓMEZ PEÑA, A.: “Historiografía y metodología taurodémica: nuevas consideraciones sobre su simbolismo en la protohistoria peninsular ibérica”. *Anales de Arqueología Cordobesa*, 23-24, 2012-13: 11-34.
- GÓMEZ PEÑA, A., “Nueva propuesta sobre la simbología de la diadema del tesoro de Ébora”. *Archivo Español de Arqueología*, 91, 2018: 67-88.
- GOMEZ TOSCANO, F. y CAMPOS CARRASCO, J., “El Bronce Final prefenicio en Huelva según el registro arqueológico del Cabezo de San Pedro. Una revisión cuarenta años después”. *Complutum*, 19, 1, 2008: 121-138.
- GRAS, M., ROUILLARD, P. y TEIXIDOR, J., *L’Universe Phénicien*, París, 1989.
- GUZZO, G., (Coord.), *El mágico oro. Italia, tesoro de la Antigüedad*. Arzoz-Sevilla, 1996.
- HOZ BRAVO, J.de, “La cultura escrita de los tartesios”. En Celestino Pérez, S. y Rodríguez González, E. (eds.), *Tarteso. Nuevas Fronteras*, Mérida, 2023:299309. Instituto de Arqueología de Mérida.
- HUARTE, R., “Estudio general de materiales”. En M.A. Tabales, *El Alcázar de Sevilla. Primeros estudios sobre estratigrafía y evolución constructiva*, Sevilla, 2002: 253-282. Patronato del Real Alcázar,
- HUNT ORTIZ, M., ONTALBA, M^a. A., ORTEGA FELIU, I., GÓMEZ TUBÍO, B., RESPALDIZA, M.A., FERNÁNDEZ FLORES, A. y RODRÍGUEZ AZOGUE, A., Los elementos de oro prehistóricos y protohistóricos de las últimas campañas de excavación (2002-2005) en el yacimiento de El Carambolo (Camas, Sevilla)”. En Bandera Romero y Ferrer Albelda (eds.), *El Carambolo. 50 años de un tesoro*, Sevilla, 2010: 335-344.
- HUNT ORTIZ, M., MONTERO RUIZ, I., EOVIRA LLORENS, S., FERNÁNDEZ FLORES, A. y RODRÍGUEZ AZOGUE, A., “Estudio arqueométrico del registro de carácter metálico y metalúrgico de las campañas 2002-2005 en el yacimiento de ‘El Carambolo’ (Camas, Sevilla)”. En Bandera Romero y Ferrer Albelda (eds.), *El Carambolo. 50 años de*

- un tesoro*, Sevilla, 2010: 271-295.
- HUXLEY, A., *Sobre la divinidad. Introducción de Huston Smith*. Barcelona, 1999. Kairós.
- JIMENEZ ÁVILA, J., Poster en XII Encuentro de Arqueología del Suroeste Peninsular. Aljaraque (Huelva), 2022.
- KUKAHN, E. y BLANCO, A., “El tesoro de El Carambolo”, *Archivo Español de Arqueología*, 32, 1959: 38-49.
- LÓPEZ AMADOR, J.J., BUENO SERRANO, P., RUIZ GIL, J.A. y PRADA JUNQUERA, M. de, *Tartessos y fenicios en Campillo. El Puerto de Santa María, Cádiz. Una aportación a la cronología del Bronce Final en el Occidente de Europa*. El Puerto de Santa María, 1986. Ford España
- LÓPEZ PALOMO, L.A., “Alhonor: Excavaciones de 1973 a 1978”. *Noticiero Arqueológico Hispánico*, 11, 1981: 33-187. Ministerio de Cultura
- LÓPEZ PEÑA, A., “Nueva propuesta sobre la simbología de la diadema del tesoro de Ébora”, *Archivo Español de Arqueología*, 91, 2018: 67-88.
- LORRIO ALVARADO, A.J., “En los confines de los tartessos... Fenicios e indígenas en el bajo Segura y la Sierra de Crevillent”. En Celestino Pérez, S. y Rodríguez González, E. (eds.), *Tarteso. Nuevas Fronteras*, Mérida, 2023:149-172. Instituto de Arqueología de Mérida.
- MALUQUER, J.: «El proceso histórico de las primitivas poblaciones peninsulares». *Zephyrus* 6, 1955: 241-255.
- MALUQUER, J. (1957): «De metalurgia tartessia: El Bronce Carriazo», *Zephyrus* 8 (1), 1957: 157-168.
- MALUQUER, J.: Tartessos. *La ciudad sin historia*. Barcelona, 1970.
- MALUQUER DE MOTES, J. y otros. *Tartessos y sus problemas. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Jerez de la Frontera, 1968. Barcelona, 1969: 389-406. Universidad de Barcelona.
- MALUQUER DE MOTES, J., *El santuario protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz. 1978-1981*. Barcelona, 1981. Departamento de Prehistoria y Arqueología Universidad de Barcelona.
- MARTIN DE LA CRUZ, J.C., “Cerámicas micénicas en Andalucía”, *Revista de Arqueología*, 78, 1987: 62-64.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ DE LEMA, M^a. E., *Andalucía trimilenaria. La vida cotidiana en torno al santuario de Melkart-Hércules Gaditano*, Málaga, 2022. Instituto de Academias de Andalucía
- MIGUEL NARANJO, P., “El Tesoro de El Carambolo (Camas, Sevilla): viejas y nuevas teorías de un conjunto clave en la materialización de la cultura tartésica”. En Martínez García y otros (coord.) *Construyendo la An-*

- tigüedad. *Actas del III Congreso Internacional de Jóvenes Investigadores del Mundo Antiguo (CIJIMA III)*, Murcia, 2016: 289-318.
- MOSCATI, S., (Dir.), *I Fenici*, Milán, 1988.
- NICOLINI, G., *Techniques des Ors Antiques. La bijouterie ibérique du VII au IV siècle*. Paris, 1990. NIGRO, L., “Levantini y Fenici in Sicilia: una storia ancora da scrivere”. En Celestino Pérez, S. y Rodríguez González, E. (eds.), *Tarteso. Nuevas Fronteras*, Mérida, 2023: 61-81.
- ONTALBA, M.^a A., RESPALDIZA, M.A., GARCIA LÓPEZ, J., GRIME, G., BANDERA, M.^a L. de la y FERNANDEZ GÓMEZ, F., “Estudio de joyas tartésicas mediante microhaces de partículas”. *III Congreso Nacional de Arqueometría*. Sevilla, 1999: 579-589. Universidad de Sevilla.
- ONTALBA, M.^a A., GOMEZ, B., FERNANDEZ, F., RESPALDIZA, M.A., BANDERA, M.^a L. de la Y “Análisis del Tesoro de “El Carambolo” mediante un equipo portátil de fluorescencia de rayos X”. En Roldán (ed.), *Ponencias del IV Congreso Nacional de Arqueometría*, 2002: 176-181
- ORDOÑEZ AGULLA, S., VALOR PIECHOTTA, M., TABALES RODRIGUEZ, M.A., COLLANTES DE TERÁN SÁNCHEZ, A. y FERNANDEZ SALINAS, V., Coordinado por Valor Piechotta, *Edades de Sevilla. Hispalis, Isbiliya, Sevilla*. Sevilla, 2002. Ayuntamiento de Sevilla.
- PADILLA MONGE, A., “Huelva y el inicio de la colonización fenicia de la Península Ibérica”, *Pyrenae*, 47,1, 2016: 95-117.
- PASCUAL BAREA, J., “De Coripe (*Corrivium*) a Sevilla (*Hispal*) por Utrera (*Lateraria*): formación y deformación de topónimos en el habla”. En *Actas VII Jornadas de Patrimonio Histórico y Cultural de la Provincia de Sevilla. Toponimia y hablas locales*. Jornadas de Patrimonio Histórico y Cultural de la Provincia de Sevilla, Manuel García Fernández y José Reina Macías (ed. lit.), Pedro Carbonero Cano (col.). Sevilla, 2013: 49-74. Diputación de Sevilla.
- PELLICER CATALÁN, M., “El proceso de la precolonización del Mediterráneo Oriental en Iberia”, En Bandera Romero y Ferrer Albelda (eds.), *El Carambolo. 50 años de un tesoro*, Sevilla, 2010: 425-438.
- PELLICER CATALÁN, M. y ESCACENA CARRASCO, J.L., “Rabadanes. una nueva necrópolis de época tartésica en el bajo Guadalquivir”. *Lvcen-tvm*, XXVI, 2007:7-21.
- PEREA, A., *Orfebrería prerromana*. Arqueología del oro. Madrid, 1991.
- PEREA CAVEDA, A., “Cádiz: orfebrería del oro”. En *El oro en la España prerromana*, Monografías Revista de Arqueología, 1989: 24-31.
- PEREA CAVEDA, A., “Tecnología y métodos de estudio”. En *El oro en la*

- España prerromana*, Monografías Revista de Arqueología, 1989: 58-67.
- PEREA, A. y ARMBRUSTER, B., “Cambio tecnológico y contacto entre Atlántico y Mediterráneo: el depósito de El Carambolo, Sevilla”. *Trabajos de Prehistoria*, 55, 1998:121-138.
- PEREIRA SIESO, J., “La tumba de la casa del Carpio (Belvis de La Jara, Toledo: un enterramiento femenino de época orientalizante”. En Prados, L. (ed.), *La arqueología funeraria desde una perspectiva de género*, Madrid, 2012: 201-214.
- RADDATZ, K., *Die Schatzfunde der Iberischen Halbinsel*. Berlín, 1969.
- RAMOS, J.L., “Suidos y ritualidad en Tarteso: revisión y nuevas perspectivas”. En *Tarteso. Nuevas Fronteras*, Celestino Pérez, S. y Rodríguez González, E. (eds.), Mérida, 2023:331-348. Instituto de Arqueología de Mérida
- REMESAL, J., “Cerámicas orientalizantes andaluzas”. *Archivo Español de Arqueología*, 48, nº 131, 1975: 3-21.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E., “Los cimientos de Tarteso: un ejemplo de transferencia tecnológica”. En Celestino y Baquedano (eds.), *Los últimos días de Tarteso*. Madrid, 2023: 239-254. Museo Arqueológico y Paleontológico.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E. y CELESTINO PÉREZ, S., “Las estancias de los dioses: la habitación 100 del yacimiento de Casas del Turuñuelo (Guareña, Badajoz)”. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad Autónoma de Madrid*, 43, 2017: 179-194.
- RUIZ GÁLVEZ, M., “Oro y política”, *Espacio, Tiempo, Forma*, I, 1, 1988: 325.
- RUIZ GÁLVEZ, M., “La orfebrería del Bronce Final”. En *El oro en la España prerromana*, Monografías Revista de Arqueología, 1989: 46-57.
- RUIZ GÁLVEZ, M., “Depósitos del Bronce Final ¿sagrado o profano? ¿sagrado y, a la vez, profano?”. *Complutum*, 5, Extra, 1995: 21-32.
- RUIZ MATA, D., *La formación de la cultura turdetana en la Bahía de Cádiz a través del Castillo de Doña Blanca*. Jaén, 1985.
- RUIZ MATA, D., *Tartesos y tartesios*. Córdoba, 2023a, Ed. Almuzara
- RUIZ MATA, D., “Huelva, Gadir y Castillo de Doña Blanca. Sin indígenas no hay fenicios ni tartesios”. En Celestino y Baquedano (eds.), *Los últimos días de Tarteso*. Madrid, 2023b:93-111. Museo Arqueológico y Paleontológico.
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, C., *España, un enigma histórico*, Barcelona, 1981.
- EDHASA

- SOUSA, E. de, “Processos de interacção cultural no ocidente atlântico durante o início da Idade do Ferro”. En Celestino Pérez y Rodríguez González (eds.), *Tarteso. Nuevas Fronteras*, Mérida, 2023:617-633. Instituto de Arqueología de Mérida
- SUÁREZ PADILLA, J., BECERRA MARTÍN, S. y SÁNCHEZ MARCOS, I., “Los inicios de la Edad del Hierro entre el Sureste de la Península Ibérica y el Estrecho de Gibraltar (siglos IX-VIII a.C.). Territorios autóctonos e impacto de la primera implantación fenicia en la región”. en *Tarteso. Nuevas Fronteras*, Celestino Pérez, S. y Rodríguez González, E. (eds.), Mérida, 2023: 173-195
- TABALES RODRÍGUEZ, M.A., *Excavaciones arqueológicas en el Patio de Banderas. Alcázar de Sevilla. Memoria de investigación 2009-2014*. Sevilla, 2015. Patronato del Real Alcázar y Casa Consistorial.
- TARRADELL, M., «Los fenicios en occidente. Nuevas perspectivas». Apéndice a la edición española de H. Harden: *Los fenicios*. Barcelona, 1967: 277-314. Ayma.
- TARRADELL, M., (1968): «Economía de la colonización fenicia». *Estudios de Economía Antigua de la Península Ibérica*. Barcelona, 1968: 81-97. Vicens Vives.
- TORRES ORTIZ, M., “Rituales funerarios en Tartes(s)o(s)”. En Celestino y Baquedano (eds.), *Los últimos días de Tarteso*. Madrid, 2023a:161-180. Museo Arqueológico y Paleontológico.
- TORRES ORTIZ, M., “Fenicios y poblaciones locales en la Bahía de Cádiz”. En Celestino y Baquedano (eds.), *Los últimos días de Tarteso*. Madrid, 2023b:395-428. Museo Arqueológico y Paleontológico.
- VV.AA., *El Carambolo. 50 años de un tesoro*. Sevilla, 2009
- ZARZALEJOS PRIETO, M., “Tarteso y el cuadrante suroccidental de la Meseta. Contextos y materiales en busca de una definición cultural”. En Celestino Pérez, S. y Rodríguez González, E. (eds.), *Tarteso. Nuevas Fronteras*, Mérida, 2023: 575-598. Instituto de Arqueología de Mérida.